Bernard Lietaer ha trabajado en el ámbito de los sistemas monetarios durante 30 años. Es el autor, entre otros, del libro *Future of Money*, traducido a 18 idiomas.

Margrit Kennedy ha sido la primera mujer profesora de arquitectura y urbanismo en Alemania, y la primera en especializarse en técnicas de construcción ecológica.

colección Finanzas Éticas

Monedas regionales.
Nuevos instrumentos para una prosperidad sustentable

Bernard Lietaer y Margrit Kennedy

(Prefacio Michel Rocard)



Título original: *Regionalwährungen. Newe Wege zu nachhaltigem Wohlstand*

ISBN: 978-84-613-8599-7
Depósito Legal: SE-1449-2010
Portada y maquetación: Francisco J. Fernández
Imprime: Publidisa

LA HIDRA DE LERNA EDICIONES
info@lahidradelerna.com

PREFACIO

La crisis financiera que se ha desencadenado en el mundo desde el año 2008 es de una escala y de una complejidad sin precedentes. La recesión que se anuncia promete ser larga y dura, la más difícil desde los años 30. Por aquel entonces administramos mal la situación económica y sus efectos socio-políticos, desencadenando una ola de fascismo que desembocó en la II Guerra Mundial. Resulta imperioso hacerlo ahora mejor. Puede que este pequeño libro desvele una estrategia poco ortodoxa, pero pragmática y capaz de engendrar un cambio sistémico saludable. Nos propondrá precisamente unas novedosas y sistémicas ideas para afrontar esta crisis y sus consecuencias. Se las puede calificar de poco ortodoxas, pero ¿acaso no ha sido la ortodoxia la que nos ha arrastrado hasta la difícil situación actual?

El título del primer capítulo del libro de Bernard Lietaer y Margrit Kennedy, "Una Europa de las regiones", no tiene nada de inquietante. Pone de manifiesto un pensamiento ampliamente compartido por la mayoría de nuestros conciudadanos. Ante las dificultades a las que se ha enfrentado Europa en los últimos años, la idea de buscar en la dimensión o en las estructuras regionales los medios de refortalecerla resulta muy atractiva para muchos. Pero la tesis, desarrollada en este libro por Bernard Lietaer y Margrit Kennedy, y animando a la introducción de monedas regionales como complementos necesarios al euro, puede resultar a primera vista tan extraña como provocadora.

El euro es una moneda. ¿Cómo una moneda puede tener necesidad de complementos? ¿Dónde se ha visto la coexistencia de monedas que sirvan alternativamente para la realización de intercambios? Al contrario, nuestro último recuerdo, común a más de 300 millones de europeos, se quedó en una bella noche del año en la que todos los francos, los marcos o las liras que teníamos en nuestros bolsillos vieron cómo sus valores quedaban reducidos a cero, mientras que nos encontrábamos, a través de una decisión que rozaba casi el milagro, con nuevos billetes portadores de un valor simbólico además del propio valor económico. Este valor, calculado unos meses antes en relación con cada una de nuestras antiguas monedas, alcanzó un quinto decimal, y que, en el caso de nuestro franco multisecular, se cifró con el número 6,55957. Tal grado de precisión era prueba de seriedad. En la puesta en escena de esta mega-operación, se dejó entrever claramente que no era concebible que las dos monedas coexistieran durante mucho tiempo.

A partir de estos recuerdos prácticos, se puede pensar que, de manera general, un país digno de tal nombre tiene una moneda, y sólo una. La moneda es, en síntesis, el mayor de los elementos identitarios de un país. Es evidente para el dólar, pero también para el marco. En tal caso, es preciso subrayar la audacia y la importancia de la elección alemana de renunciar al marco para alinearse con una creación radicalmente nueva: el euro.

¿Qué espíritu original, por no decir marginal, puede proponer alejarse de un sistema tan simple y tan evidente? Sorpresa: lejos de calificarlo como singular, Bernard Lietaer es un universitario clásico, profesor de finanzas internacionales en Europa y en los Estados Unidos. Ha hecho carrera en la banca central de Bélgica, donde ha sido responsable de la concepción y de la puesta en

marcha del ECU, el sistema de convergencia que desembocó en el euro. Tecnócrata de la banca, se formó en uno de los moldes más tradicionales del sistema, en el de los bancos centrales.

El mensaje que Bernard Lietaer y Margrit Kennedy quieren transmitirnos hoy es sorprendente, porque, su aceptación, supone una revisión drástica de ciertas informaciones que habíamos tomado como conocimientos adquiridos.

La larga batalla política que ha conducido a nuestros países de Europa a adoptar una moneda única emitida por una autoridad central es mucho más el símbolo de una voluntad centralizadora, de una lucha por reducir la autonomía y el poder de las regiones, que el de la asunción de la modernidad o de una mayor eficiencia. Muchas de las entidades políticas han vivido durante mucho tiempo con un sistema monetario dual. De hecho, el Antiguo Régimen francés, desde la Alta Edad Media hasta los siglos XV y XVI, ha visto cómo durante más de quinientos años la moneda real central, hecha en la mayoría de los casos de piezas de oro y plata, era complementada por monedas locales y regionales. Éstas eran a menudo productos de metales semipreciosos tales como el bronce, el cobre, el plomo o el hierro. Un ejemplo de esto lo constituyen los méreaux, utilizados para muchos de los pagos corrientes, y que eran emitidos por las ciudades, las abadías, las organizaciones caritativas locales o por la nobleza de provincias.

De una forma diferente, en la Confederación Helvética se creó en 1934 una cooperativa deseosa de intensificar y de facilitar los contactos y las transacciones entre pequeñas y medianas empresas. Dicha cooperativa emitió una moneda de cuenta, el WIR, el equivalente a un franco suizo. En sesenta años, el volumen anual de WIR en circulación ha alcanzado los 1.700 millones de

francos suizos, una cifra que, aunque pequeña, no es desdeñable. Un experto financiero americano ha demostrado que el WIR contribuye significativamente a la notoria estabilidad económica suiza: sobrevive, sin más, mientras la economía helvética se encuentra en neto crecimiento, pero, por el contrario, prospera y se desarrolla mientras la economía nacional o global se estanca o entra en recesión, hecho que le confiere un incontestable valor como refugio. En definitiva, refuerza de forma espontánea el trabajo de los bancos centrales. Ustedes podrán descubrir otras monedas de este tipo a lo largo de la lectura de este libro.

El poder monetario adquiere en nuestras economías contemporáneas una importancia tal que ha conseguido imponer una visión políticamente correcta de su naturaleza y de su historia. En esta visión convencional, la moneda es un conjunto de símbolos que permiten el intercambio, teniendo una definición única para un territorio dado, y portando la firma de la autoridad central de ese territorio. Esta moneda es considerada como neutra, es decir, sin influencia sobre la naturaleza y el valor de los intercambios que se producen con ella. Pero, en lo esencial, esto es falso. Los sistemas monetarios múltiples, o al menos los duales, han estado tan presentes en la historia como los sistemas de moneda única. Toda moneda está en constante variación. Cuando sistemas de unidades monetarias diferentes cohabitan, sirven como instrumentos para el intercambio de productos o de servicios diversos, y no cumplen, en las mismas condiciones, la función de moneda de cuenta, y, todavía menos, la de reserva de valor.

Pero aquí, lo esencial es darse cuenta de que toda referencia monetaria tiene virtudes propias, y que ponerlas de manifiesto en vez de olvidarlas puede servir para valorizarlas y también

dinamizarlas. A principios del siglo XXI existe ya una experiencia muy conocida que permite profundizar en estos misterios monetarios olvidados y que me permito recordárselos: es el sistema de "millas" de fidelidad emitidas por las compañías aéreas a sus viajeros y clientes, y que pueden ser canjeadas por billetes de avión. Estamos indiscutiblemente ante la presencia de una moneda; el hecho de que cubra sólo un ámbito extremadamente especializado no cambia para nada el concepto, incluso aunque nuestro autor trate poco el tema. En la actualidad hay una "reserva" de miles de millones de kilómetros que pueden suponer un enorme estímulo para el transporte aéreo.

Mucho más sutiles, incluso aunque no lleguen a una dimensión parecida, son los sistemas monetarios en los que el instrumento de cambio es una unidad de tiempo:"Yo doy una hora de ayuda como contrapartida a que alguien de nuestra comunidad me dé otra." Los tipos de conocimientos y habilidades raros y a punto de ser olvidados por estar desmercantilizados pueden verse revalorizados de esta manera. Y es más, la puesta en circulación de conocimientos y habilidades no mercantilizados se muestra como un medio útil de luchar contra el subempleo.

En definitiva, el mensaje de Bernard Lietaer es tan sorprendente como simple y claro. El ámbito mundial de nuestras monedas contemporáneas aboca a desvalorizar recursos o conocimientos y habilidades marginales por el vasto movimiento de mundialización que caracteriza nuestra época. Despertar estos conocimientos, revalorizar estos recursos, es un medio poderoso de mejorar los niveles locales de empleo, intensificando el dinamismo europeo por la puesta en marcha de una escala regional activa, eficaz y capaz de tomar iniciativas. La creación de monedas regionales puede convertirse en una importante

contribución en este sentido. Los alemanes están tan convencidos de este razonamiento que, desde hace años, han ido creando en el territorio de la República Federal varias decenas de monedas regionales o "regios". Merece la pena intentarlo de forma más amplia en Europa.

Michel Rocard

1.
UNA EUROPA DE LAS REGIONES

No ha habido un concepto que haya polarizado tanto a los hombres, cualquiera que sea su posición social, ni con tanta fuerza, como el de *globalización* en la última década. No obstante, el concepto viene de antiguo. Básicamente, las prácticas de la flota mercante fenicia, así como los profundos cambios económicos producidos por los descubrimientos de Vasco de Gama, Cristóbal Colón o Sheng He pueden ser considerados como formas primitivas de globalización. La política de ciertos imperios comerciales, tales como la Compañía holandesa de las Indias orientales, o los fenómenos que han acompañado y seguido a la Revolución industrial, se encuentran también en el origen de sistemas comparables a la globalización actual.

Pero lo que hace de esta globalización, que comienza tras la caída del muro de Berlín, un fenómeno inédito, es que opera de una forma más amplia, más rápida y más profunda que ninguna otra evolución económica anterior.

Desde el punto de vista técnico, este último avatar relacionado con la globalización podría ser definido como el conjunto de esfuerzos destinados a eliminar todo obstáculo que limite el libre comercio de bienes, de servicios y de capital, independientemente de las fronteras nacionales.

¿De qué estamos hablando verdaderamente aquí? De bienes, de servicios y de capital. No de seres humanos. No de su bienestar o de las formas de vida con las que compartimos este planeta.

¿La globalización o nada?

El proceso de globalización que se ha puesto en marcha hace unas dos décadas suscita tanto aprobación como desconfianza. "Es, para algunos, sinónimo de libertad; otros, por el contrario, ven en él el anuncio de un intolerable destino que se les impone sin pedirles opinión"[1]. Mientras tanto, una verdadera industria se ha constituido alrededor de las publicaciones sobre este tema, trasladando a la opinión pública argumentos tanto de los partidarios como de los detractores de la globalización. Entre los argumentos de los partidarios destacan los típicos eslóganes relacionados con la eficiencia económica del libre mercado, la posibilidad de acceder a los bienes y a los servicios de todo el mundo, así como la modernización de estructuras y hábitos trasnochados. En cuanto a los detractores, éstos centran su argumentación en la acentuación de las desigualdades entre ricos y pobres, la exaltación del consumo y la pérdida de la esencia de tradiciones, culturas e identidades que conlleva.

En el centro de los reproches formulados contra la globalización, se encuentra el rechazo de un "fundamentalismo de mercado", es decir, el descuido de las necesidades esenciales de los hombres que el modelo simplista del *homo economicus* no toma en consideración al centrarse en la maximización del rendimiento. A cambio, se critica a menudo a los adversarios de la globalización de quedarse del lado de la crítica sin proponer soluciones realistas.

En cierto modo, cada posición tiene parte de razón: como decía el economista clásico Stewart Mills, "siempre vemos justo lo que se critica, pero se nos olvida tener esto en cuenta".

Los desequilibrios producidos por el mercado no son motivo suficiente para demonizar su mecanismo en cuanto tal. Pues, en definitiva, ningún otro sistema en la historia de la humanidad ha mostrado tal capacidad para crear riqueza. Asimismo, debe ofrecer el potencial para atenuar la miseria, la ignorancia, la enfermedad

[1] Baumann (Z.), *Globalization: The Human Consequences*, Cambridge, 1998, p. 2.

La globalización vista por George Soros

George Soros es un multimillonario de origen húngaro que ha hecho fortuna en los Estados Unidos a través de la especulación monetaria a muy gran escala. Ha desarrollado, entre otras, una teoría original sobre los mecanismos de los mercados financieros[2]. Se ha convertido en un filántropo muy activo, ayudando a los países de la Europa del Este a liberarse de las secuelas del comunismo tras la caída de la Unión Soviética. Su opinión es interesante toda vez que no es sospechoso de ser políticamente "de izquierdas"...

En su libro *On Globalization*, afirma: "El comercio internacional y los mercados financieros globales han puesto a prueba su capacidad de crear riqueza, pero no están capacitados para satisfacer cierto número de necesidades sociales. Entre ellas, la preservación de la paz, la reducción de la pobreza, la protección del medio ambiente, la mejora de las condiciones de trabajo o el respeto de los derechos del hombre: lo que se entiende, en suma, por bien común"[3].

y el sufrimiento en los que viven todavía demasiados seres humanos. No se puede resolver la cuestión de la pobreza destruyendo un sistema que ha creado riqueza, de la misma manera que no vamos a eliminar la delincuencia mediante la derogación de las leyes. Si el sistema genera desequilibrios, esto nos debería llevar a preguntarnos si la forma con la que funciona actualmente es la única posible. En resumen, la verdadera cuestión no es saber si la globalización es "buena" o "mala", sino si se puede diseñar un modelo de mundialización en el cual todos los participantes salgan ganando. El objetivo último de este libro es proponer dicho modelo.

Además, se reconoce cada vez más que los problemas globales como el cambio climático, la extinción de miles de especies o la gestión de nuestros recursos requieren de soluciones globales y de escala. Por lo tanto, hagamos lo que hagamos, no podemos permitirnos ignorar la dimensión global. Si se nos plantea el desa-

[2] Soros (G.), *The Alchemy of Finance*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1988.
[3] Soros (G.), *On Globalization*, New York, 2002.

fío de desarrollar un nuevo modelo de globalización, tenemos que encontrar una solución a cada uno de los siguientes problemas:

- ¿Cómo alcanzar un desarrollo sustentable a escala mundial que pueda beneficiar a la humanidad sin hipotecar la diversidad y las identidades culturales?
- ¿Existen alternativas realistas para la economía del futuro que permitan disfrutar de las ventajas de la globalización contemporánea sin tener que pagar el precio de sus efectos indeseables?

En resumen, lo que ha faltado hasta aquí es un modelo de desarrollo concreto, creíble y coherente, un boceto alternativo a la forma actual de globalización que responda a las expectativas legítimas de millones de hombres que, actualmente, sólo se ven afectados por las consecuencias negativas. Es necesario rendirnos a la evidencia: lo que está en juego sobrepasa al crecimiento económico. Louis Brandeis, juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos, ha dicho algo que merece nuestra reflexión: "Se puede tener una sociedad democrática, o una sociedad en la que la riqueza se concentra en las manos de unos pocos, pero no ambas al mismo tiempo."

Un primer paso consistiría en definir la noción de globalización como la creación de una red de intercambios cada vez más tupida entre las economías nacionales, las sociedades y las culturas de todo el mundo con objeto de mejorar las condiciones de vida y las perspectivas de desarrollo de todos los seres humanos, pero respetando la diversidad cultural y el derecho a la vida de todos los seres con los que compartimos este planeta. En definitiva, tenemos la necesidad de una mundialización que permita un planeta que funcione para todo el mundo.

Este libro plantea un cierto número de proposiciones prácticas para conseguir este objetivo. No se trata de bloquear los procesos de mundialización, pues una buena parte de sus efectos es deseable, e incluso necesaria. Al contrario, plantemos canalizar su energía en un sentido propicio para todos. Pensamos que el

camino más practicable para lograrlo es a través de contrarrestar el proceso de globalización con un proceso de regionalización que permita dinamizar todas las regiones del mundo. De esta manera podría contrarrestarse una percepción puramente "economicista" de las relaciones humanas permitiendo el reflejo de nuestra diversidad cultural.

Tenemos la posibilidad de poner en marcha este modelo desde este momento a través del fomento de la Europa de las regiones.

¿Por qué una Europa de las regiones?

Europa es tan sólo una pequeña mancha en el globo terráqueo: no obstante está experimentando una de las más prometedoras estrategias de gobernanza. Tomaremos aquí claramente partido a favor de una *Europa de las regiones*, diferente a la *Europa de las naciones* a la que se refería el general De Gaulle. Apuntalaremos nuestro punto de vista desarrollando sucesivamente a lo largo del presente capítulo los cuatro puntos siguientes:

1. Una Europa de las regiones se apoyará sobre un compromiso estratégico a favor del desarrollo regional, ya establecido en la Unión Europea desde hace décadas. Sería una forma de preservar la gran diversidad cultural, religiosa y ecológica que ha enriquecido a Europa a lo largo del tiempo.
2. La Europa de las regiones es el modelo de desarrollo para afrontar los desafíos del siglo XXI.
3. Al margen de este modelo, pocas alternativas se les plantean a los dirigentes europeos.
4. Una Europa de las regiones sería un modelo de crecimiento que no sólo beneficiaría a los europeos, sino que igualmente podría beneficiar a millones de personas fuera de Europa, proporcionándoles una alternativa realista al proceso de globalización actualmente en curso.

El argumento de la continuidad estratégica

Desde hace décadas, particularmente la Unión Europea ha fomentado el desarrollo regional, siguiendo el principio de subsidiariedad, un principio innovador aplicado sistemáticamente en el corazón de su actividad. Este neologismo –el término surge a principios del siglo XX- significa que el conjunto de las funciones políticas deben ser delegadas a los ámbitos inferiores en la jerarquía de gobierno. Su objetivo es ofrecer la toma de decisiones lo más cerca posible del ciudadano. La Unión Europea sólo actuará cuando su acción sea más eficaz que la iniciativa de los Estados miembros. Esto significa igualmente que se supone que el Estado-nación delega todos los problemas de porte más local a las autoridades regionales, municipales o comunales siempre que esté justificado.

La creación en 1991 de una asamblea de representantes de las entidades locales y regionales en el seno de la Unión Europea, el Comité de la Regiones, cuyo cometido es la toma en consideración de la dimensión regional en la elaboración de las políticas comunes, es significativa en este contexto.

Algunas de las más exitosas acciones emprendidas por la Unión Europea deben mucho al principio de subsidiariedad, gracias al cual las regiones más desfavorecidas se han beneficiado de una financiación constante. Esto ha permitido unas relaciones más ricas y más democráticas entre los Estados. ¿Es que Escocia, Bretaña y Galicia no tienen más que aprender unas de otras que lo que Londres, París o Madrid pueden discutir y decidir en su nombre?

Nuestra propuesta de propiciar una Europa de las Regiones no hará otra cosa que darle continuidad y profundizar en lo que, en cualquier caso, ya es un principio director de la Unión Europea. Sin embargo, existe una herramienta que se plantea como indispensable para favorecer realmente el desarrollo regional y que se ha descuidado hasta el momento. Vamos, en efecto, a demostrar en los dos capítulos siguientes por qué y cómo la utilización de

El Comité de las Regiones

Ya en 1960, la Asamblea parlamentaria europea (la precursora del Parlamento europeo), había propuesto la creación de un "Comité consultivo de las economías regionales". El Acta Única Europea de 1986 ya subrayaba la importancia del desarrollo regional en la realización de un mercado único plenamente operativo. De igual modo, la Comisión de la Unión Europea concluía en 1990 que una Europa de las regiones es un pilar fundamental para continuar el proceso de integración. En definitiva, la decisión del Consejo Europeo de Maastricht de los días 9 y 10 de diciembre de 1991 ha institucionalizado formalmente esta idea con la creación del Comité de las Regiones (CdR) con dos funciones principales:

- contribuir a dar forma a las leyes europeas desde el punto de vista de su impacto sobre las regiones;
- actuar de enlace directo entre Bruselas y los ciudadanos europeos.

En 1995, el Comité de las Regiones se ha definido de forma explícita como "guardián de la subsidiariedad" (CdR I 36/95, más conocido con el nombre de "Informe Pujol").

Hace veinte años, la política de cohesión afectaba a 275 millones de ciudadanos europeos en 176 regiones, con un presupuesto de cinco mil millones de euros. En 2008, afectaba a 490 millones de ciudadanos en 268 regiones, con un presupuesto de cuarenta mil millones de euros. Cuando se tienen en cuenta estos fondos que tratan de promover la política de cohesión, nos damos cuenta de que una tercera parte del presupuesto de la Unión Europea está destinada a esta política. Entre 2007 y 2013, se invertirán unos 374 mil millones de euros, de los cuales más de 80 serán destinados a las regiones más pobres. Entre los resultados significativos, mencionamos la reducción de la brecha entre el 20% de las regiones más ricas y el 20% de las regiones más pobres, pasando la ratio del 4,1 al 3,4. El progreso conseguido en Irlanda, Grecia, España y Portugal, y más recientemente en los países Bálticos, es impresionante. Desgraciadamente, estos países son asimismo los más afectados por la crisis de 2008, lo que hace que lo que nos proponemos en este libro sea especialmente importante si quieren preservar tales avances.

monedas regionales –las "regios", circulando de forma complementaria al euro- se plantea como necesaria para un desarrollo regional equilibrado. Esto implica que, para cumplir con el objetivo de un auténtico desarrollo regional, será preciso replantear la idea del monopolio del euro como moneda de cambio.

Los desafíos del siglo XXI

Llegamos al siglo XXI enfrentándonos a problemas de una complejidad y de una urgencia hasta ahora desconocidas. Podemos hacer referencia al cambio climático, a la degradación del medio ambiente, al paro estructural que acompaña al fin de la era industrial y al envejecimiento sin precedentes de la población. Cambios fundamentales que, nos guste o no, afectarán a todos los ámbitos, así como a la manera en la que manejamos nuestro mundo. Al mismo tiempo, nos enfrentamos a una incertidumbre creciente tanto en los países ricos como en los más pobres en lo que concierne a la toma de decisiones. Y por el momento, lo que tenemos a mano para afrontar estos desafíos es una vieja estructura de gobernanza de siglos, el Estado-nación. Incluso a escala global, se toman decisiones con un sesgo estatal, como es el caso de las Naciones Unidas. Somos de la opinión de que problemas como los antedichos no podrán ser abordados sino a escala global. Las cuestiones que plantea la gobernanza global han sido hábilmente tratadas en otros lugares, en particular por Pierre Calame[4], por lo que no las vamos a abordar aquí.

Nos centraremos en el otro extremo de la problemática de la mundialización: los mecanismos a escala inferior al Estado-nación; mecanismos que son útiles –incluso necesarios- para afrontar los desafíos de nuestro tiempo. Pondremos de manifiesto que cuestiones sociales tales como la asistencia a los niños o a las personas mayores, la lucha contra el desempleo estructural o juvenil, las masivas necesidades de formación para adaptarnos a

[4] Calame (P.), *Pour une gouvernance mondiale efficace, légitime et démocratique*, Paris, Éditions Charles Léopold Mayer, 2003.

los cambios globales, y la protección y la restauración del medio ambiente, pueden ser tratados de forma más eficiente y flexible gracias a innovaciones regionales. Abordaremos más bien las iniciativas regionales complementarias a las iniciativas de porte nacional, europeo o mundial. Como queda explicado en el cuadro siguiente, una de las claves de la gobernanza del siglo XXI será la promoción de la cooperación de las gobernanzas en cada nivel, y no de enfrentarlas entre sí.

La idea de la necesidad de fomentar la creación de un nivel regional de gobernanza para apoyar el desarrollo económico no es original ni nueva. La novedad en este caso reside simplemente en el hecho de llamar la atención acerca de un instrumento indispensable –y por tanto, generalmente ignorado- para la consecución de este objetivo: la introducción de monedas regionales, gracias a las cuales las regiones estarían en condiciones de resolver numerosos problemas sin influir en el contribuyente local o sobre los presupuestos nacionales. De hecho, un sistema monetario no es sino un sistema de información especializado según el nivel donde opera, tratándose del sistema de información más importante de una economía de mercado. Dicha estrategia tendrá igualmente como ventaja una gran flexibilidad, así como la posibilidad de introducir experimentos e innovaciones que, casi por definición, pueden ser más relevantes a nivel regional que a nivel nacional o supranacional.

Finalmente, estos instrumentos han probado ya que permiten recrear un tejido de relaciones solidarias y comunitarias a nivel regional y local, tejido que puede ser vital para hacer frente a los cambios imprevisibles que tendremos que afrontar.

La falta de alternativas

El desarrollo económico de las regiones parece la única solución que permitiría depurar la situación en la que Europa se encuentra. El pacto de estabilidad, una condición impuesta a los

La necesidad de una nueva gobernanza para el siglo XXI según Pierre Calame

Pierre Calame hizo un inventario muy completo de los principios que nos deberían guiar hacia una nueva gobernanza de cara a afrontar los desafíos de nuestro tiempo[5]. Algunos de estos principios son directamente aplicables a nuestro propósito. Por ejemplo:

- En el siglo XXI, la ciudadanía es fundamentalmente plural. Cada ser humano es, por definición, activo a nivel local, regional, nacional, supranacional (por ejemplo, europeo) y mundial. El único medio para evitar que la identidad no se convierta en causas de conflictos (como ocurre en la India, África, los Balcanes, u Oriente Medio) es reconocer el derecho a la diversidad en todos los niveles de gobernanza. Lo importante es no enfrentarlos, sino hacerlos cooperar.
- Ya en nuestros días, la mayoría de problemas, ya sea la educación, el agua, el medio ambiente, la cohesión social o la investigación, no pueden ser resueltos en un sólo nivel. Cualquier solución eficiente utiliza relaciones de gobernanza a diversas escalas de forma simultánea. El mecanismo de cooperación entre los niveles local, regional, nacional e internacional es una de las claves centrales de toda arquitectura de gobernanza futura.
- El grado de interdependencia que une a los seres humanos, las diferentes culturas y la biosfera han cambiado completamente en el transcurso de los dos últimos siglos. Lo que ocurre en un rincón del planeta tiene repercusiones en todos los demás, porque la información, las personas, los estilos de vida y los productos circulan y se interconectan como nunca ha ocurrido. A finales del siglo XX, las naciones, las empresas, los mercados y la democracia representativa se han convertido en conceptos prácticamente universales. Sin embargo, se espera que para finales del siglo XXI ninguno de estos conceptos mantenga su actual importancia por no ser capaces de organizar las relaciones entre los individuos, las culturas y la biosfera.
- Es probable que el siglo XXI sea la era de las ciudades y las regiones, del mismo modo que el XX ha sido la era de las empresas y de los Estados. La ciudad y la región serán de este modo el fundamento de la gobernanza futura. Se observa ya este fenómeno en el desarrollo de ciudades-Estados como Singapur o Shangai en China, o regiones como Silicon Valley en California o Emilia-Romagna en Italia. Su importancia va mucho más allá de la economía. Además, teniendo en cuenta la realidad en toda su complejidad, se hace más necesaria la búsqueda de soluciones integradas que conecten las sociedades humanas al ecosistema en el que operan. Las regiones son mucho más aptas para realizar tal integración que la nación, y sobre todo para aprovechar las características que les son propias.
- La información es uno de los sistemas esenciales de toda gobernanza. Sin embargo, la generación de información está controlada por instituciones que, inevitablemente, dejan su huella en la medida y en la escala en que ha sido recogida, agrupada y representada. La percepción que una comunidad tiene de sí misma es fundamental en cualquier proceso. Sin embargo, los sistemas actuales tienen tendencia a extraer mucha información de una comunidad, pero es raro que estas informaciones retornen. Será necesario fomentar la recogida y difusión de información adecuadas a cada nivel de gobierno, incluyendo los niveles locales y regionales. Del mismo modo, las autoridades públicas deben aceptar y fomentar la producción autónoma de información en los distintos niveles porque estos serán cada vez más esenciales para una democracia funcional.

[5] Resumen de Pierre Calame, *Principles of Governance in the 21st century*, Fondation pour le Progrès de l'Homme (nota de trabajo, 2008). Ver también http://www.fph.ch/fr/strategie/thematique/integration-regionale.html

Estados miembros por la introducción del euro, tenía inicialmente como único objetivo limitar la inflación. Limita, ahora que nos enfrentamos a una seria recesión, las opciones de recuperación económica por el crecimiento del déficit de los Estados europeos. Lo que planteamos podría ser visto como un modelo de recuperación keynesiana adaptado a las regiones pero con una diferencia importante: Se trata de un enfoque que no crea nuevos déficit, ya sea a escala regional o nacional. Ya veremos en los capítulos 4 y 5 por qué y cómo esto es posible.

La importancia política de esta opción se pone de manifiesto si asumimos que estamos viviendo un cambio de modelo de crecimiento. No asistimos solamente al advenimiento, tantas veces anunciado, de la era de la información y de la economía del conocimiento, sino que también comenzamos a sentir los efectos del fin de la era industrial. Por tanto, hablamos de un problema de perspectiva que se plantea a todos, a los países denominados

El papel de la comunidad en una era de incertidumbres

Las viejas civilizaciones estaban obsesionadas por el temor a las catástrofes naturales: temblores de tierra, inundaciones o hambrunas. En general, los hombres afrontaban estos temores de dos maneras. Personificando las fuerzas de la naturaleza mediante divinidades, de las que se obtenían favores a través de ritos y cultos, y constituyendo comunidades solidarias con el objeto de superar la debilidad del individuo de cara a los golpes del destino. Nuestras sociedades contemporáneas también se ven afectadas por miedos a fuerzas que no controlan: un *crash* financiero, el desempleo, la evolución tecnológica y los riesgos que comporta, el cambio climático o la mundialización. El progreso de la ciencia nos ha hecho perder la creencia en la mitología, y tenemos que gestionar nuestras angustias psicológicamente. Pero, más grave aún, también hemos dejado que se degrade la solidaridad comunitaria.

Vemos que algunas experiencias de monedas complementarias permiten recrear comunidades locales. Es a menudo el objetivo principal y el resultado efectivo de estas iniciativas.

"desarrollados" y a los que se encuentran en vías de desarrollo. En definitiva, debemos considerar a todos los países como "en vía de desarrollo" en una era postindustrial.

Podríamos encontrar un cambio de paradigma económico de similar magnitud en el periodo de transición entre el final de la era agraria y el crecimiento de la era industrial. Este tipo de transición no se producirá sin dolor. Recordemos la suerte de los campesinos y aparceros en el fin de la era agraria. Incluso la de los propietarios de tierras, que constituían entonces la elite, que vieron reducidos gradualmente sus valores, su poder y sus tradiciones a la insignificancia.

La economía japonesa tiene cosas que enseñarnos: ha sido la primera en sufrir el síndrome del fin de la era industrial a inicios de la década de los noventa. Es interesante advertir que, después de haber agotado sin éxito todos los métodos tradicionales de relanzamiento de la economía, Japón está experimentando de forma sistemática la aplicación de monedas complementarias y regionales: este país se ha convertido de este modo en un importante laboratorio donde diferentes modelos de monedas complementarias y regionales se han sometido al banco de pruebas. Éste será el tema que desarrollaremos en el capítulo 8[6]. ¿Puede Europa ignorar durante mucho tiempo la experiencia japonesa en este ámbito?

El atractivo internacional de los modelos regionales y de la diversidad cultural

Las consecuencias de la adopción por Europa de un nuevo modelo de desarrollo fundado en el desarrollo económico por las regiones no pueden ser juzgadas sino en el ámbito de la mundialización. Esto plantea cuestiones de tal complejidad cuyas consecuencias el individuo, por sí mismo, no puede valorar.

Una de las contribuciones más inteligentes a este debate procede de un responsable de una organización religiosa: Jonathan Sacks, el rabino superior de la United Hebrew Congregation of the Commonwealth, al que nos gustaría citar aquí.

No vamos a desvelar un secreto al afirmar que el modelo actual de globalización ha sido promovido por una sucesión de Administraciones americanas. La particular historia de los Estados Unidos puede explicar este enfoque monolítico de la economía mundial. El desarrollo de los Estados Unidos se ha producido sin que los pueblos indígenas se hayan visto implicados de alguna manera en la construcción del Estado. La diversidad cultural aportada por la inmigración se ha fundado en el célebre *melting pot*, en favor de una identidad nacional. Las empresas americanas se han desarrollado ofreciendo productos estandarizados en su gigantesco mercado interior. No es pues nada sorprendente que el modelo de globalización promovido por los Estados Unidos trate de eliminar, en la medida de lo posible, las diferencias culturales.

6 Para más detalles, ver también Bernard Lietaer, "Complementary Currencies in Japan: History, Originality and Relevance", *International Journal for Community Currency Research*, vol. 8, 2004 (www.le.ac.uk/ulmc/ijccr).

Una globalización que destruye la diversidad

"La modernidad, en el fondo, no ha sido sino el triunfo de un puñado de ideas estrechamente interrelacionadas. Su modelo era la ciencia, su discurso se basaba en la razón, liberada de la carga de la tradición. La división del trabajo y la apertura de mercados aseguraban la riqueza. La industrialización y la tecnología dominaban la naturaleza. Un estricto cálculo de costes y beneficios anticiparía nuestra felicidad. El mundo se convertiría en una inmensa máquina de satisfacción de necesidades, propiciando el progreso. Este progreso se ha convertido en la medida de todas las cosas. Este mito perdura en el pensamiento de una gran variedad de fundamentalistas del mercado y de sus discípulos, cuyo credo reside en la mayor desregulación posible de la actividad humana, propiciando lo que Leibniz denominaba como paraíso. Voltaire lo describió como el mejor de los mundos posibles...

"Mi modelo es diferente, al igual que mi lenguaje. El mundo no es una máquina. Se trata de un ecosistema complejo en el que la diversidad biológica, personal, cultural y religiosa es indispensable para la vida. Toda infracción contra esta diversidad, como la que preconizan los fundamentalistas del mercado, de la ciencia o de la religión, constituirá un perjuicio irreparable para la riqueza de nuestra vida colectiva, y reducirá las posibilidades con las que contamos para que este mundo no desemboque en una catástrofe.

"Al igual que la naturaleza, los sistemas económicos, políticos y sociales creados por los hombres, son de una gran complejidad. Tienen la tendencia a autorregenerarse y son imprevisibles. Todo intento de reducirlos a una uniformidad artificial, en nombre de exigencias religiosas o económicas, refleja una trágica ignorancia de lo que constituye la base de la riqueza de estos sistemas. Porque somos todos diferentes, cada uno de nosotros tiene algo que aportar, y todo cuenta en nuestros sistemas económicos, políticos y sociales. Sólo nuestros instintos más primarios nos llevan a ver la diversidad como una amenaza. En una época como la nuestra, en la que los destinos de los hombres están estrechamente relacionados, estos instintos son inútiles. Si tales diferencias conducen a la guerra, sería la derrota de todos los beligerantes. Si, por el contrario, contribuyen al enriquecimiento mutuo, todos ganaremos con ellas[7]".

[7] Sacks (J.), *La dignité de la différence: comment éviter le clash des civilisations*, Paris, Bayard, 2004.

La política americana, en reacción a los atentados del 11 de septiembre de 2001, era igualmente previsible. Los observadores no se autocensuran en sus explicaciones: Samuel Huntington ha visto en estos ataques una prueba de la guerra de civilizaciones que había anunciado en su *Choque de civilizaciones*[8]. Él ve en el conflicto de culturas un nuevo escenario en el que el enfrentamiento de las civilizaciones remplazará los conflictos ideológicos que han caracterizado el periodo de la guerra fría. Según Huntington, las culturas que viven de una manera diferente a la de Occidente van a manifestar una violencia creciente con respecto al nuevo orden mundial que los Estados Unidos quieren exportar. Benjamin Barber fue todavía más preciso. Afirmaba en su obra *Djihad versus McWorld*[9] que el éxito económico de gigantes como Coca-Cola o McDonald's suscitarían una reacción violenta casi automática que se manifestaría bajo la forma de una *djihad*, es decir de una guerra santa. Cada una de estas dos tesis ha sido sostenida por americanos que no son precisamente sospechosos de sentimientos antiamericanos. Y es preciso destacar que la reacción de George W. Bush, y la de su Administración, frente a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 ha hecho más probable todavía tal escenario de violencia y conflicto entre culturas.

¿Qué modelos de desarrollo económico podemos plantear frente al enfoque propuesto por los Estados Unidos? ¿Cuáles son nuestras posibilidades de cara a la abrumadora supremacía americana en los ámbitos militar, monetario y económico?

Con este telón de fondo, es preciso centrarnos en un modelo de desarrollo que aprovecha la diversidad cultural en lugar de considerarla como una amenaza. La Europa de las regiones nos propone un modelo capaz de devolverle la esperanza a millones de hombres que están excluidos de los beneficios de la globalización actual y sólo padecen sus efectos negativos.

[8] Huntington (S.), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York, Simon and Schuster, 1996.

[9] Barber (B.), *Djihad versus McWorld: mondialisation et intégrisme contre la démocratie*. Paris, Desclée de Brouwer, 1996.

Para ser honestos, es preciso recordar que los europeos han cometido por todo el mundo dichos errores, y que sería conveniente ser cautelosos antes de pretender imponer el modelo europeo al resto del mundo. Ha sido Europa la que ha inventado el imperialismo y el colonialismo. La mayor parte de los Estados europeos se ha construido a través de dinámicas imperialistas, fuertemente centralistas, donde una región dominaba a sus vecinos y los sometía militarmente cuando se resistían. Basta, para convencerse, con mirar la historia del Languedoc o de Bretaña en Francia, sobre las peripecias que han conocido los galos, los escoceses o los irlandeses con Inglaterra para crear el Reino Unido, o las de los bávaros en la construcción de la gran Alemania. Las generaciones futuras verán las dos guerras mundiales como guerras civiles europeas que han hecho del siglo XX uno de los periodos más sanguinarios de la historia mundial. En la actualidad, todavía, numerosos conflictos regionales europeos no están definitivamente resueltos, como son los casos del País Vasco o los Balcanes.

A pesar de todo, la evolución de Europa después del fin de la II Guerra Mundial aporta visos de esperanza. La Unión Europea es la primera instancia de decisión en el centro de la cual se halla un vacío de poder. El poder de decisión no es ejercido por un presidente o un comité político central; todo lo contrario, es ejercido en la periferia al estar en manos de los países miembros. Los problemas regionales que, en otro tiempo, generaban tensiones y conflictos, hoy pueden ser resueltos pacíficamente. A los americanos les gusta recordar, y no sin razón, que este cambio de paradigma ha tenido lugar bajo la égida de la *pax americana*. Dicho esto, el modelo por el cual la región más belicosa del mundo se ha transformado en una asociación pacífica de Estados, haciendo impensable la eventualidad de una guerra entre sus miembros, ha sido propiciada por europeos como Schumann o Adenauer.

Incluso a pesar de que el inglés se imponga de forma creciente como la lengua franca mundial, como segunda lengua universal, una gran diversidad lingüística, cultural y culinaria

seguirá siendo una realidad en Europa. El entorno estable generado por un crecimiento común de los países europeos beneficia al crecimiento y a la prosperidad de los particularismos locales y regionales, y viceversa.

Incluso las compañías multinacionales europeas han desarrollado una forma particular de acceder y conquistar los mercados. Han adoptado el hábito de adaptar sus productos a las exigencias propias de cada región. Allí donde los norteamericanos imponen un producto estandarizado (Coca-cola, Big Mac o Windows) como los símbolos a través de los cuales una compañía gigantesca ha podido construirse, las grandes empresas europeas o japonesas han desarrollado una evidente capacidad de acceder a los mercados fragmentados y a desarrollar productos adaptados a los nichos más diversos[10].

Concluyendo, los cincuenta últimos años de la historia europea nos permiten pensar en un modelo de desarrollo donde la diferencia cultural será considerada como una riqueza y no como un obstáculo en el camino hacia una sociedad uniformizada.

No obstante, un elemento importante podría impedir a Europa materializar un verdadero modelo de desarrollo regional. Dicho elemento, cuya importancia a menudo se ha malentendido, es la moneda. Muchos de nuestros contemporáneos lo aceptarían si se les hablara de una mayor autonomía para las regiones. Sin embargo, se asombran o se vuelven incrédulos cuando se les dice que para propiciar esto deben introducirse monedas regionales en paralelo al euro. Los argumentos son previsibles: "La tendencia es la de crear grandes sistemas monetarios, no la de la fragmentación. ¡Acabamos de abandonar nuestras monedas nacionales en favor del euro, y ahora se nos pide introducir una moneda con una circulación mucho más limitada que la del marco o el franco!"

[10] Ver los estudios de casos específicos en, por ejemplo: Lietaer (B.), *Le Grand Jeu Europe-Amérique latine*, Paris, Presses Universitaires de France, 1981.

Es precisamente a esta cuestión a la que hemos dedicado esta obra. Veremos que la introducción de monedas regionales sería de una importancia decisiva para nuestro concepto de desarrollo. Llamaremos genéricamente a dichas monedas *regios*, y las colocaremos en el centro de nuestra exposición porque esta cuestión monetaria es una de las menos comprendidas en el debate de la política económica. En resumen, nuestro objetivo será mostrar que después de la introducción del euro, las monedas regionales tienen sentido e interés.

2.
LA MONEDA, ESA DESCONOCIDA

La moneda es a menudo considerada como un instrumento de cambio neutro: se presupone que no influye en la naturaleza de los intercambios, ni en el horizonte temporal de las inversiones realizadas, ni en las relaciones entre la gente que la utiliza. Desde los trabajos de Adam Smith, esta hipótesis se ha integrado de forma implícita en la teoría económica. Nada ha cambiado desde entonces: esta idea permanece anclada en la actualidad en el pensamiento, tanto de los economistas como de la población en general. Es verdad que habría poca diferencia si se utilizara el euro, el yen o el dólar. Estas monedas convencionales son todas de la misma naturaleza y tienen las mismas características: creación bajo la coordinación de una instancia central, necesidad de escasez y atribución de una tasa de interés.

Sin embargo, si se compara estas monedas nacionales con otros instrumentos de cambio que obedecen a unas reglas de creación totalmente diferentes, los valores que subyacen de ellas salen a la luz. Por ejemplo, las empresas que hacen intercambios a escala internacional tienen una actitud diferente si se trata de transacciones compensadas en mercados que si son efectuadas en monedas nacionales[11]. Las diferencias son todavía mayores cuando se compara las monedas convencionales con aquellas llamadas *monedas sociales*. En Japón, los sondeos dirigidos a los usuarios del

[11] Llamado intercambio de trueque directo de bienes y servicios sin necesidad de utilizar un medio de intercambio. Podrá encontrarse un interesante marco comparativo entre el trueque y otros sistemas de intercambio en: Amann (E.), Marin (D.), "Risk-sharing in International Trade: An Analysis of Countertrade", in *The Journal of International Economics*, XLII, mai 1994, p. 63-77. Ver también: Williamson (S.), Wright (R.), "Barter and Monetary Exchange under Private Information", in The American Economic Review, mai 1994, p. 104-12; Taurand (F.), "Le troc en économie monétaire", en *L' Actualité économique*, 52, 2 juin 1968.

sistema Fureai-Kippu –un sistema de atención y cuidado dirigido a personas mayores- han mostrado una neta preferencia por ser atendidos por personas que aceptan tiques Fureai-Kippu que por personas que aceptan yenes. El argumento más recurrente era que las relaciones entre la persona mayor y su cuidador eran totalmente diferentes por este sistema. Estudios realizados en el seno de círculos de intercambios alemanes igualmente han indicado que los amigos aceptan ser pagados por una ayuda con moneda social en tanto que la rechazan en el caso de ser pagada en moneda oficial.

Hemos proporcionado en otro lugar[12] pruebas estadísticas que demuestran que el uso de monedas diversificadas genera diferentes tipos de relaciones humanas y facilitan otras opciones y actitudes vitales. Veamos otro enfoque para demostrar la misma idea. Se trata de la historia de Heidemarie Schwermer, una mujer de 54 años que había decidido "vivir sin dinero": se las arregló para vivir sin vivienda fija, sin coche, sin trabajo y mantiene el propósito de no recibir ni servirse de la moneda nacional oficial durante cuatro años, utilizando, entre otros, el *Sterntaler*, una moneda complementaria regional del sur de Baviera de la cual volveremos a hablar desde un punto de vista más técnico en el capítulo 5[13].

Insistimos: no pretendemos que esta experiencia sea una receta mágica para descubrir el verdadero sentido de la vida, y no recomendamos a otras personas reproducirla. Si uno de los polos donde viven muchas personas es aquel donde sólo cuenta el dinero, la experiencia de Heidemarie Schwermer representa el polo totalmente opuesto. Entre estos dos extremos, pensamos

[12] Ver entre otros Bernard Lietaer, *The Future of Money: Creating new wealth, work and a wiser world*, Londres, Random House, 2001 para las pruebas estadísticas y técnicas; *Mysterium Geld: Emotionale Bedeutung und Wirkungweise eines Tabus*, Munich, Riemann Verlag, 2000 para los aspectos psicológicos y sociales, en colaboración con Stephen Belgin, *Of Human Wealth: New Money for a New World*, Boulder, Citerra Press, 2008 que es un libro de síntesis; Margrit Kennedy, *Interest and Inflation Free Money*, Okemos, Michigan, Seva International, 1995 para los efectos del interés sobre la duración.

[13] Las informaciones concernientes a esta experiencia provienen de Heidemarie Schwermer, *Das Sterntaler experiment. Mein Leben ohne Geld*, Munich, Riemann Verlag, 2001.

La experiencia del Sterntaler

Heidemarie Schwermer es profesora y psicoterapeuta. En 1994, en una emisión de radio, oyó hablar de una moneda complementaria de Canadá, y fue tal su entusiasmo que fundó en Dortmun un sistema de intercambio local con el nombre de *Gib-und-Nehm-Zentrale*. La divisa de dicho sistema es: "Cualquiera puede hacer algo que nadie sabe hacer." Está compuesto –es muy típico en este tipo de proyectos- por dos tercios de mujeres y por un tercio de hombres. Poco a poco se da cuenta de que funciona pero es una experiencia demasiado marginal como para poder cambiar el mundo. En 1996 toma la decisión de cambiar su vida radicalmente. Quiere aventurarse en una experiencia personal: ¡intentar vivir sin dinero durante un año! Anula el contrato de arrendamiento de su apartamento, así como su seguro de salud; dona sus muebles y posesiones a sus vecinos, abandona su trabajo de psicoterapeuta; en definitiva, todo aquello que tendría que pagarse con la moneda convencional. Vive después en una casa que le dejaron una personas que se irían de viaje y satisfacía todas sus necesidades participando en un sistema de moneda regional –el *Sterntaler*- donde la gente intercambiaba bienes y servicios a través de créditos que cambiaban con otras personas. Su centro *Gib-und-Nehm* recibía el pan sobrante de un panadero especializado en pan integral. Igualmente, una tienda ecológica le daba todas las frutas y verduras caducadas. Esto no solamente le permitía alimentarse, también podía alimentar de forma sana a decenas de personas. En los rastros, ella ofrece su tiempo a cambio de vestidos o de zapatos cuando éstos se hacían inservibles. A ella le gustaba mucho escribir cartas y telefonear. En su "nueva vida sin dinero", el uso de Internet en un ciber-café lo suple todo. Pasó un año, luego dos, luego tres... Después del cuarto año recibe el encargo de escribir un libro para contar su experiencia. Se trata del libro *Das Sterntaler-experiment*, del cual transcribo algún párrafo.

Nos dice: "Durante cuatro años he vivido sin dinero. Se me pregunta siempre por qué he hecho esto... No pretendo que todo el mundo lo haga. En mi caso se trataba de un impulso, de un estímulo para reflexionar sobre las estructuras y los modos de vida de la sociedad de nuestro tiempo..."

Su desafío se convirtió en un polo que contrarresta lo que ahora percibe como una histeria generalizada por el dinero. Cuando hace *zapping* ante varios programas de televisión, se da cuenta hasta qué punto todo gira en torno al tema del dinero en nuestra sociedad, un poco como un ritual religioso extraviado que se toma demasiado en serio, e incluso de forma trágica.

Lo que ella descubre va más allá de la cuestión del dinero. Su experiencia le permite una nueva forma de relación con sus semejantes que la enriquece de tal forma que nunca pudo llegar a sospechar. Acabó por redefinir los conceptos de trabajo, de vacaciones, de tiempo libre, de libertad, de responsabilidades, de espiritualidad, e, incluso, de aventura humana. Constata que su vida tiene un sentido, que su calidad de vida ha mejorado y que es más feliz que antes, viendo las cosas desde otra perspectiva. Nunca se sintió más "rica". Todo es posible, nada es obligatorio.

que es posible un nuevo equilibrio, y se mostrará muy útil en un futuro previsible. Lo importante de esta historia es que el simple hecho de vivir sin dinero ha sido suficiente para constatar un cambio significativo en sus relaciones humanas y en muchos de sus propios valores.

Este testimonio es interesante porque demuestra la magnitud de las implicaciones que comporta la utilización de este tipo de moneda. La hipótesis implícita en el pensamiento económico de que el dinero es "neutro", que el tipo de moneda utilizada no afecta a las relaciones entre los usuarios, o a la naturaleza de los cambios realizados, es en todo caso inadmisible...

En este capítulo, sobre todo vamos a concentrarnos en la diferencia entre las monedas nacionales y las monedas regionales o locales, así como a examinar los efectos de estos diferentes sistemas sobre la autonomía, especialmente económica y cultural, de las regiones.

A fin de no perdernos en consideraciones teóricas, fundaremos nuestro análisis sobre numerosos estudios de caso. Comenzaremos en primer lugar con un ejemplo que viene a ilustrar cómo el desarrollo de una región puede ser desequilibrado de forma duradera debido a la introducción de una moneda nacional. Enseguida mostraremos otros ejemplos que pondrán de manifiesto hasta qué punto la existencia de monedas regionales puede beneficiar a la economía y a los habitantes de la región.

Considerando que la homogeneización monetaria es prácticamente total en los países desarrollados –además de la crisis del espíritu de comunidad- estos ejemplos prácticos provendrán de países a primera vista exóticos. En los capítulos siguientes veremos por qué esto modelos son igualmente aplicables en Europa.

¿Cómo destruir el desarrollo sostenible de una región?

En el siglo XIX, durante la colonización de Ghana, los británicos se enfrentaron a un fenómeno interesante. Este país estaba formado en esa época por una cincuentena de regiones económicamente autónomas: estas regiones comerciaban entre sí, si bien los intercambios se limitaban a unos circuitos tradicionales entre las distintas tribus. ¿Para qué crear una colonia si no es rentable económicamente, es decir, si no constituye una salida para la industria de la metrópli? Los británicos se dedicaron a romper las estructuras económicas seculares de Ghana a fin de crear una demanda y darle salida a los productos británicos en el país.

En la actualidad se recurriría a una campaña de marketing ofensiva, pero esto no formaba parte de los métodos de la época. No tuvieron que recurrir a enviar al ejército para erradicar las formas de comercio preexistentes. La opción final fue mucho más simple, elegante y mucho menos costosa: tal opción consistió en la creación de la primera moneda nacional de Ghana, acompañada de la introducción de un impuesto muy modesto de un shilling por familia (la *hut tax*), siendo preciso pagar este impuesto en la nueva moneda. De este modo, con el transcurso de unos años, las autarquías tradicionales volaron en pedazos. ¿Por qué? La respuesta es simple: todas las familias del país tuvieron que encontrar un medio de procurarse esta nueva moneda a fin de pagar el impuesto, y esto sólo era posible abandonando los circuitos de intercambio tradicionales para integrarse en unas relaciones más amplias a escala nacional. Esto fue suficiente como para acabar con un sistema que había funcionado de una manera duradera durantes siglos.

¿Qué lección se puede sacar de este ejemplo de cara a argumentar lo que nos interesa aquí? Buscar el desarrollo sustentable de una economía local o regional imponiendo el monopolio de una moneda nacional es ignorar la verdadera naturaleza del mecanismo que dicho monopolio crea. Este ejemplo nos muestra que las administraciones coloniales, en el siglo XIX, tenían conciencia de la importancia estratégica del factor monetario en la lucha contra las autonomías regionales. Comparativamente, la importancia del factor monetario es en la actualidad escasamente tenida en cuenta por nuestros dirigentes: ellos hablan de autonomía y de desarrollo sostenible regional pero no sacan ninguna consecuencia en materia monetaria.

Si piensan que este fenómeno, que se dio en el siglo XIX en Ghana, no tiene correspondencia alguna con lo que está pasando en nuestro tiempo, les sugiero la relectura del gran historiador francés Fernand Braudel a propósito de la identidad de Francia[14]. Él menciona, por ejemplo, el caso del valle de Aspre, cerca de donde vivía. Y concluye que en esta región de la Francia profunda, "el equilibrio que permitía una autosuficiencia casi completa, combinada con un poco de actividad comercial, y que se parecía más al trueque que a la exportación/importación, se perdió para siempre en 1950." Pueblos enteros y estilos de vida, considerados como satisfactorios durante siglos, han sido irremediablemente abandonados en esta época. Uno de sus amigos, nacido en una familia de la región en 1899, decía con humor, pero con exactitud: "La única cosa que nos faltaba era dinero…"

Algunos ejemplos de éxito de sistemas monetarios locales

Vamos a citar tres ejemplos para mostrar hasta qué punto los sistemas monetarios locales benefician a las identidades y a las economía locales. Un advertencia: en los ejemplos mencio-

[14] Braudel (F.), *L'identité de la France*, Flammarion, 1986.

nados aquí, hablaremos más de monedas complementarias que de monedas regionales en el sentido en el que las entendemos en este libro. Dicho esto, estos ejemplos nos permitirán sin embargo poner de relieve un cierto número de observaciones preliminares que van a facilitar nuestro propósito y constituyen una excelente base para nuestra reflexión.

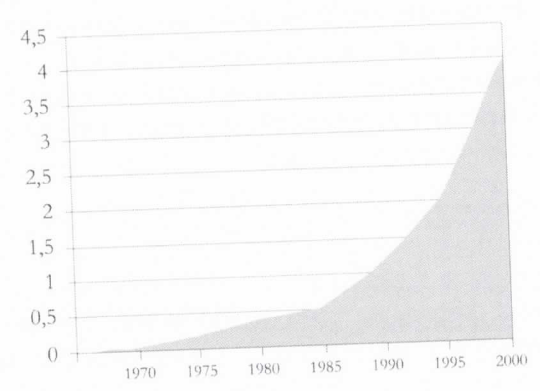
En el primer caso hablamos de un sistema tradicional utilizado en Bali desde hace milenios que está ligado a la vitalidad de la cultura balinesa. En el segundo ejemplo, hablaremos de la moneda-concha, utilizada en Papua Nueva Guinea. El tercer ejemplo, más reciente, y que, como se decía en la introducción, tiene una treintena de años, es el de una moneda local en la ciudad brasileña de Curitiba, con las respectivas mejoras que ha comportando en las relaciones económicas y sociales tras su implantación.

Bali: la virtud de un sistema monetario dual

Estamos ante un fenómeno muy conocido y que, desafortunadamente, se puede observar en todos los rincones del globo: el desarrollo del turismo de masas viene acompañado en general de efectos devastadores sobre la vida cultural de la región. Un estudio australiano estima que este fenómeno se produce siempre que el número de visitantes al año alcanza un tercio de la población autóctona. En la medida en que aumenta el número de turistas que quieren disfrutar de una cultura exótica, en mayor grado se contribuirá a su destrucción ya que ésta se transforma gradualmente para entretener y divertir a los turistas. Este conflicto de difícil solución es expuesto de la siguiente manera por los especialistas: "El turismo y la preservación de los paraísos terrestres son dos cosas inconciliables. El paraíso se destruye en la misma medida en que se suscita el entusiasmo de los turistas… Apenas es descubierto el último paraíso sobre la tierra, atrae a tal masa de turistas que acaba convirtiéndose en el paraíso perdido."[15] La

[15] Iyer (P.), *Video Night at Katmandú and other Reports from the Not-So-Far-East*, Vintage, New York, 1988, p. 30.

NÚMERO DE VISITANTES (EN MILLONES) ANUALES EN BALI



única excepción a esta regla parece justamente ser Bali, donde los efectos destructores del turismo de masas parecen más limitados que en otros sitios. Y esto es así a pesar de que el número de turistas no sólo haya rebasado el tercio de la población, sino que ha superado al número total de ésta. En efecto, en la actualidad cuatro millones de turistas visitan cada año esta pequeña isla que no cuenta con más de tres millones de habitantes[16].

Hemos de precisar previamente que utilizamos aquí una definición etnológica de la cultura creada por E. B. Tylor. Entendemos la cultura como un conjunto bastante proteiforme que incluye el conocimiento, las creencias, la expresión artística, la moral, la ley, los hábitos y las modas de comportamiento adquiridos por los individuos y que confieren el sentimiento de pertenencia a una sociedad dada. En el caso de Bali, la indentidad cultural nos remite esencialmente a los elementos étnicos, lingüísticos y religiosos[17].

16 Estas cifras son tomadas del Gobierno de Bali, pero no tienen en cuenta los pasajeros de vuelos internacionales que aterrizan en Bali: 23.000 en 1970 y 1.468.000 en 2000. El 95% de ellos declaran venir a Bali por vacaciones. El 30% ya han venido. Los otros turistas, aquellos por ejemplo que llegan a Yakarta y vienen enseguida a Bali para tomar medios de transporte internos, no son tenidos en cuenta. En 2000, el número real de turistas que han visitado la isla se estima entre 4 y 5 millones.

17 Para este tema ver: Picard (M.), *Bali: Cultural Touism and Touristic Cultura*, Archipiélago Press, Singapour, 1996, p. 135 y ss.

A fin de verificar si una cultura dada sobrevive o es amenazada por la afluencia turística, hemos utilizado un test simple (en comparación con la complejidad del problema objeto de análisis): nos hemos preguntado si las ceremonias culturales y religiosas se organizaban de forma tradicional y si conservaban su significado para los habitantes de la isla a pesar de la presencia como espectadores de un mayor o menor número de turistas. Este método de análisis, a pesar de su simplicidad, es reconocido y utilizado habitualmente en etnología[18].

A menudo se dice de Bali que es el último paraíso sobre la tierra. Esta reputación se remonta al descubrimiento de la isla por los occidentales a finales del siglo XVI[19]. A lo largo del siglo XX, el ejercicio de estilo para unas generaciones de etnólogos ha consistido en analizar las causas posibles de la desaparición de la cultura balinesa, desaparición que se juzga inminente. Todos acaban maravillados por el fasto de ceremonias religiosas y de eventos que los habitantes de la isla organizan cada año para el disfrute de sus dioses y su propio divertimento. En la actualidad, todavía se puede decir que los balineses "tienen dos buenas razones para perpetuar sus tradiciones religiosas: buscan obtener los favores de sus dioses, y, a la vez, se divierten. Se podría decir, incluso, que la capacidad de los balineses de conciliar estos dos aspectos constituye uno de los rasgos distintivos de su cultura y de su carácter."[20]

18 Ver por ejemplo: Noroña (R.), "Paradise Reviewed: Tourism in Bali-Tourism: Passport to Development?", in De Kadt (E.) (ed.), *Perspectives on the Social and Cultural Effects of Tourism in Developing Countries*, New York, 1979, p. 201; MacNaught (T. J.), "Mass Tourism and the Dilemmas of Modernization in Pacific Island Communities", *Annals of Tourism Research*, 9/3, 1982, p. 359-381; Maurer (J. L.), Zeigler (A.), "Tourism and Indonesian Cultural Minorities", in Rossel (P.) (ed.), *Tourism: Manufacturing the Exotic*, International Workgroup for Indigenous Affairs, Copenhague, 1988, p. 64-92; Mac Taggart (W.D.), "Tourism and Tradition" in *World Development*, 8, 1980, p. 457-466.

19 Covarrubias (M.), *Island of Bali*, New York, 1937 (reeditado después).

20 De Kleenn (T.), "Bali: Its Dances and Customs", *Sluyter's Monthly*, 1921, p. 129.

Esto contradice todo lo que se puede observar en la mayoría de los destinos turísticos, ya se trate de Grecia, Italia, Hawai, Tahiti o de las islas Fidji. En las islas Fidji, la cultura tradicional está a punto de desaparecer, hasta tal punto que las ceremonias tradicionales no son organizadas sino para el entretenimiento de los turistas. En Bali, de unos 5.000 grupos de danza censados por el gobierno de la provincia, sólo 200 se producen para los turistas. Más de 4.800 no estaban activos sino para la ocasión de ceremonias religiosas[21].

Para evitar todo malentendido, es necesario precisar que no somos conscientes de los cambios, reales inducidos en Bali por el turismo de masas, y de que la marea de turistas tiene un impacto negativo sobre las relaciones sociales entre los balineses, así como sobre su medio ambiente. Diversos estudios muy reveladores se han dedicado a analizar los efectos destructores del turismo en Bali[22]. Pensamos, sin embargo, que el turismo ha tenido un efecto mucho menor sobre la cultura balinesa que en otros casos.

La excepción balinesa

Se pueden anticipar diversas razones que justifican la excepción balinesa. La primera de ellas consiste en decir que Bali, por una misteriosa alquimia, es diferente a las otras islas: "Bali será simpre Bali. En otro tiempo, hace cien años, hoy y dentro de cien años… El turismo va a Bali pero Bali no está allí para el turismo."[23] Unos ven en esto los efectos de la religión –principalmente el hinduismo-, de un sistema de castas muy complejo, de las características raciales, o el producto de una organización particular del sistema de irrigación de los arrozales. No vamos a poner en duda el papel jugado por cada uno de estos factores,

[21] Picard (M.), *op. cit.*
[22] Ver, entre otros: Vickers (A.), *Bali: A Paradise Created*, Berkeley, 1989.
[23] Picard (M.), *op. cit.*, p. 8.

bien considerados de forma separada, o bien de forma conjunta. No obstante, ninguno es suficientemente explicativo pues todos se pueden encontrar en otros destinos turísticos.

Dos célebres etnólgos, Clifford Geertz[24] y Carl Warren[25], han puesto de manifiesto lo que tiene de específico la cultura balinesa: la extrema imbricación de las estructuras organizacionales locales. Estas estructuras se agrupan en tres grandes ámbitos:

- el *banjar*, que administra todos los aspectos de la vida civil;
- la *subak*, que establece las modalidades de irrigación de los arrozales para todos los que participan en la cultura del arroz;
- la *pemaksan*, que preside las ceremonias religiosas.

Estos tres grupos forman un aparato de normas que da toda su consistencia a la sociedad balinesa y a su cultura, y es el que ha hecho tan característica a la isla. Este argumento es más que satisfactorio para explicar la originalidad de Bali. Pero ¿el entrelazamiento de las estructuras organizacionales lo explica todo, o tiene todavía la cultura balinesa otros aspectos que revelarnos?

A fin de explorar esta cuestión, uno de los dos autores, Bernad Lietaer, ha pasado cuatro meses en Bali en 2002 y ha ido en busca de los líderes tradicionales de los pueblos[26]. El viaje le levó a Ubud, que a veces es denominado como la capital cultural de Bali; allí, la interdependencia entre la cultura tradicional y el turismo es particularmente fuerte. De estas discusiones destaca que las particulares estructuras organizacionales de la isla no son el único elemento en juego. En realidad, los balineses han desarrollado un sistema de movilización social cuyo análisis permite comprender bien algunas cosas. En efecto, un sistema de moneda dual es utilizado en el seno del *banjar*.

[24] Geertz (H.), Geertz (C.), *Kinship in Bali*, Chicago, 1975.
[25] Warren (C.), *Adat and Dinas: Balinese Communities in the Indonesian State*, Kuala Lumpur, 1993.
[26] Lietaer (B.), Demeulenaere (S.), "Sustining Cultural Vitality in a Globalizing World: The Balinese Example", *Internacional Journal for Social Economics*, 30, september 2003.

El banjar

El *banjar* es la unidad organizacional de base de la sociedad balinesa. Cada *banjar* está organizado de forma descentralizada, a nivel local. Se trata de una estructura muy antigua cuya primera mención escrita data del año 914 de nuestra era[27] y que, con el paso de los siglos, ha puesto de manifiesto una reseñable capacidad de adaptación: "El *banjar* juega en la actualidad un papel importante, y abarca a las familias que viven en entornos urbanos, es decir, lejos de los arrozales tradicionales."[28] La estructura organizacional del *banjar* ha sido abundantemente descrita en la literatura científica y etnológica[29]. Vamos a presentar de forma sumaria las funciones socioeconómicas y culturales que son de gran importancia para nuestro objeto.

Es preciso insistir sobre la naturaleza profundamente democrática de esta institución. El jefe del *banjar*, el *klian banjar*, es elegido por la mayoría simple de los miembros del consejo, y puede también ser destituido de sus funciones con tan sólo reunirse el consejo y decidirlo por mayoría. Podríamos calificar tal sistema como "hiper-democrático". De hecho, el *klian banjar* es más un *primus inter* pares que un jefe en el sentido estricto del término: todos los miembros del *banjar* son iguales, y cada uno dispone de voz. No existe tratamiento preferencial para los miembros del *banjar* que pertenecen a una casta elevada o que gozan de cierta fortuna: no se beneficia de ningún privilegio. Cada treinta y cinco días, suena el *kulkul*, un gran gong de madera, para llamar a reunión a los miembros del consejo en un edificio específico (el *bale banjar*) que tiene un techo para abrigarse de la intemperie, pero que no dispone de muros exteriores de manera

[27] Agung & Purwita: "Permantan Adat Dalam Menunjang Usaha-Usaha Pembagunam", Majelis Pembina Lembaga Ada, Denpasar, 1983, p. 18.

[28] Eisemann (F. B.), *Bali Sekala & Niskala: Essays on Society, Tradition and Craft, t.* 2, Berkeley, 1990, p. 74.

[29] Ver, entre otros: Geertz (C.), "Form and Variation in ¨Balinese Village Structure", *American Anthropologist*, 61, p. 991-1002; Geertz (C.), Geertz (H.), Germonprez (J. F.), "On the Elusive Balinese Village: Hierarchy and Values vs Political Models", *Review of Indonesian and Malysian Affairs*, 24, p. 59-89.

que todo el mundo puede observar lo que allí pasa. En la región de Ubud, un *banjar* comprende entre 700 y 1.200 personas, y el consejo está formado por un miembro de cada familia. Cada consejo tiene su reglamento, el *awig-awig*. Este reglamento recoge en general los mismos principios, pero varía en función de los datos contextuales propios de cada *banjar*.

En resumen, el *banjar* es una entidad colectiva de planificación local cuya originalidad, que será clave, es que todo se decide sobre la base de dos tipos de presupuestos: una moneda-tiempo y la rupia indonesia.

El cemento monetario

En el encuentro con los jefes de los pueblos balineses, destacaba un elemento de forma constante: no es cualquier especificidad mística de Bali, ni el hinduismo, lo que preserva la cultura balinesa de la decadencia ante la afluencia de turistas, sino la existencia de una estrecha cooperación en el seno de la comunidad, el *banjar*.

Pero, ¿qué es lo que sostiene la cohesión del *banjar*? La búsqueda de la respuesta a esta cuestión ha sido apasionante: aparecía el sistema monetario dual como el que proporcionaba al *banjar* la capacidad de movilizar los recursos locales. Una de las dos monedas de las que se disponía era la rupia, la moneda oficial en curso en todo el archipiélago indonesio. La segunda moneda se llama *nayahan banjar*, que podría traducirse por "trabajo en interés del *banjar*". Se trata de una moneda-tiempo, gracias a la cual un cierto número de servicios son proporcionados y retribuidos. La unidad de cuenta es un espacio de tiempo de tres horas. Cuando se precisa el trabajo en interés de la colectividad, suena el *kulkul* para reunir la mano de obra necesaria. Como promedio, un *banjar* inicia entre siete y diez proyectos al mes, de amplitud variable. Para cada proyecto se determina un presupuesto en rupias y un presupuesto en contribuciones horarias de cada familia.

Los interlocutores han sido claros sobre este punto: "El tiempo es una forma de dinero". La mayoría piensa incluso que la moneda-tiempo utilizada en Bali es más importante que la rupia indonesia pues ella garantiza la cohesión de la sociedad balinesa. Se puede medir la importancia social de esta moneda particular por el hecho de que la pena más severa pronunciada por el consejo no consiste en una multa en rupias, sino en el rechazo a poder contribuir con un aporte de tiempo a la comunidad. Aquel que se aparta tres veces consecutivas de las decisiones de la comunidad es definitivamente excluido por el *banjar*. De este modo, cuando tiene lugar una ceremonia familiar importante, una cremación o una boda, la comunidad suspende su contribución a los preparativos y el interesado debe administrarlos solo. En Bali, la pena última consiste en privar a alguien de la ayuda de la comunidad.

¿Cómo puede esta forma de moneda contribuir al sentimiento de pertenencia colectiva y a la preservación de las tradiciones culturales locales?

El sistema dual de monedas de Bali

Un sistema monetario dual en el seno de una estructura democrática como el *banjar* ofrece muchas más opciones que un sistema tradicional de moneda única tal y como se conoce en la mayor parte de los países denominados como desarrollados. La existencia de una moneda distinta a la moneda oficial es, en efecto, de gran utilidad para la realización de los proyectos votados por el *banjar*. En las comunidades más pobres (en rupias), se ponen en marcha proyectos más ambiciosos en contribuciones horarias que en las comunidades ricas, que pueden desarrollar proyectos más costosos en dinero. En un *banjar* particularmente rico hemos visto un proyecto cuyo presupuesto se elevaba a 1.200 millones de rupias, alrededor de 120.000 euros. En los *banjar* más pobres se encuentra, por ejemplo, un grupo de danza importante presentando regularmente el *kecak* a los asistentes en el templo local, una danza en la que participan numerosos hombres pero no precisa de costumbres o instrumentos caros. En todos los casos, la existencia de un sistema monetario dual permite movilizar todos los recursos de la comunidad a fin de realizar lo que ésta ha decidido, ya se trate de eventos culturales o trabajos en el territorio de la colectividad. Todos los proyectos son financiados con una combinación de las dos monedas: rupias y moneda-tiempo. De hecho, cualquiera que sea la riqueza de un *banjar*, prácticamente todos los habitantes de Bali está implicados en la organización de eventos culturales y religiosos, al menos en los más importantes. En Bali, la organización de estos eventos, que no está reservada a un pequeño grupo de elite, como ocurre en otros casos, es un acto profundamente socializante gracias a la existencia de esta moneda particular. Es por esta razón por la que la moneda dual podría ser el secreto de la capacidad de resistencia del último paraíso sobre la tierra frente al turismo de masas.

Papua Nueva Guinea

El segundo caso de estudio, el de Papua Nueva Guinea –donde existe igualmente un sistema monetario dual- pone de manifiesto que la estabilidad de la cultura balinesa no se debe a la existencia de un "gen" o a una religión típicamente balinesa, sino que esta estabilidad encuentra también su origen en la dualidad misma del sistema monetario. En Papua, país poco frecuentado por los turistas al contrario que Bali, el interés de este sistema dual no es el reforzamiento de su identidad cultural en un contexto de turismo de masas: simplemente ha permitido al país salir indemne de la última ola de mundialización. Por definición, la mundialización apunta a abrir las estructuras económicas locales al comercio, pero teniendo como consecuencia la destrucción de las redes de intercambios socioeconómicos preexistentes[30]. Se da el caso de que la parte de la isla donde viven los Tolai ha conservado mejor su cultura tradicional que la parte occidental,

[30] De Meulenaere (S.), Week (D.), Steventson (I.), *The Standardisation and Mobilisation of the Tabu Traditional Shell Currency*, Papua Nueva Guinea, 2003.

donde la dualidad monetaria no existe. Los Tolai, que constituyen uno de los grupos étnicos más importantes de Papua, utilizan tradicionalmente unas largas cadenas de conchas como moneda. El gobierno de la provincia ha pedido que esta práctica se perpetúe: encerrando la idea, de una parte, de revitalizar una tradición cultural local, así como, de otra, preservar la economía local de las influencias devastadoras del exterior. A lo largo de muchos momentos difíciles de la historia de Papua Nueva Guinea, se ha probado que el uso de la moneda-concha ha sido beneficioso: su importancia ha sido vital durante las últimas crisis económicas[31]. Los resultados en Papua son los mismos que en Bali, incluso siendo los procesos totalmente diferentes: los Tolai son ante todo cristianos –con restos de una vieja religión animista. En Bali es el hiduismo la religión dominante. Las monedas complementarias son igualmente diferentes en sus formas: los Tolai pagan con conchas mientras que los *banjar* entienden el tiempo como dinero. En ambos casos, los contextos son diferentes, especialmente en lo concerniente a las amenazas que pesan sobre las culturas locales. Y a pesar de las divergencias, los estudios llevados a cabo en estos dos países muestran que la utilización de monedas complementarias revitaliza la cultura local, estabiliza la economía local y la sociedad en su conjunto.

¿Por qué no aprendemos nada de estos pueblos que han adquirido, con el transcurso de los siglos, una gran experiencia en el manejo de estos instrumentos monetarios?

El ejemplo de Bali nos muestra que tales sistemas sólo funcionan en el seno de estructuras relativamente descentralizadas, o donde la toma de decisiones se hace de forma democrática. Es una condición esencial: toda la estabilidad del sistema balinés reposa en la existencia de esta democracia de base. La comunidad en su conjunto decide qué se debe hacer, y cuando un proyecto

[31] Esta moneda tradicional ha sido incluso incorporada a la modernidad; hasta el punto, que existe en Papua Nueva Guinea el primer banco del mundo que utiliza la moneda-concha.

es puesto en tela de juicio por una mayoría se para de inmediato. Si este esquema se desvía hacia una lógica *top down* –lo que significaría por ejemplo que los proyectos no serían decididos por la comunidad en sí misma sino por el gobierno (esto es lo que ha sucedido en el caso de Java cuando el gobierno indonesio pidió la contribución temporal de los habitantes de la isla para la realización de diversos proyectos)-, el conjunto pierde su incentivo y el sistema se desmorona.

Estos testimonios históricos y contemporáneos subrayan claramente la importancia económica y social de los sistemas monetarios duales. Es evidente que muchas de las transacciones y proyectos no pueden hacerse en Bali sino porque existe localmente una moneda complementaria junto a la moneda oficial. Las monedas complementarias permiten implicar a los más pobres de la comunidad en las actividades culturales de las que serían excluidos de no existir. Y los balineses se han convencido por sí mismos de que esta organización y la moneda complementaria tejen una red social más tupida y juegan un papel esencial.

Curitiba en Brasil

Nuestro tercer ejemplo se distingue sustancialmente de los dos precedentes. Hablamos del caso de Curitiba, una metrópoli brasileña de varios millones de habitantes. Las monedas complementarias han sido introducidas en Curitiba hace unos treinta años, permitiendo aproximar el nivel de vida de la población de esta ciudad del tercer mundo a los niveles de vida de la población de los países industrializados. En 1992 Curitiba recibió de las Naciones Unidas el título de capital ecológica del mundo.

En 1971, Jaime Lerner, arquitecto de profesión, se convierte en alcalde de Curitiba, capital de la provincia de Paraná, al sudeste de Brasil. Como muchas de las ciudades brasileñas en esta época, la población de Curitiba conocía entonces un crecimiento demográfico sin precedentes. La población de Curitiba se elevaba

a alrededor de un millón de habitantes cuando Lerner asumió sus funciones como alcalde: apenas contaba con 120.000 habitantes en los años 40. En 1997, 2.700.000 personas vivían en Curitiba. La mayor parte de ellos se apiñaban en las *favelas*, en barrios de cabañas construidas con materiales de deshecho.

El tratamiento de los residuos ha sido uno de los más grandes rompecabezas a los que el alcalde ha tenido que enfrentarse durante sus años en ejercicio. Los vehículos municipales utilizados para la recogida de basuras en el resto de la ciudad no podían acceder a las *favelas*, las vías de acceso eran demasiado estrechas. De hecho, en los barrios pobres, las basuras se amontonaban, atrayendo a parásitos y provocando numerosas enfermedades. La situación era insostenible.

Las soluciones clásicas –que habrían consistido en enviar *buldozers* para replanificar la urbanización y trazar vías de acceso normales- eran desechadas por falta de medios financieros suficientes; era preciso echar mano de la imaginación. Unos grandes contenedores de metal fueron instalados en la periferia de las favelas, cada una portando un cesto "Vidrio", "Papel" o "Plástico", etc. Se ha colocado un código de colores para aquellos que no saben leer. Cada bolsa de basura depositada en los contenedores daba derecho a un ticket de transporte público gratuito. Al principio del año escolar se canjeaban por cuadernos. Pronto las calles estaban limpias. Cada día millares de niños las patrullaban con objeto de recoger todo lo que encontraban. Incluso han aprendido a distinguir los diferentes tipos de plásticos.

Desde nuestro punto de vista, Jaime Lerner ha creado una moneda complementaria bajo la forma de tickets de autobús. El programa, que fue creado con el nombre de "La basura es sólo basura", podría haberse denominado: "La basura es dinero".

Más del 70% de los hogares de Curitiba han participado en este programa. Los 60 barrios más pobres de la ciudad cambiaron alrededor de once millones de toneladas de basuras por un

millón de tickets de transporte y 1.200 toneladas de productos alimenticios. En el transcurso de tres años, los varios cientos de escuelas de estos barrios han depositado más de 200 toneladas de desechos a cambio de 1.900.000 cuadernos escolares. Para poder hacernos una idea, el volumen de papel así reciclado ha permitido salvar 1.200 árboles al día.

La intención de Lerner no era otra que introducir un sistema de monedas complementarias. Su equipo y él mismo, antes que nada, han mostrado un gran pragmatismo y han utilizado los medios a su disposición para resolver los problemas a los que se enfrentaban. Esto ha tenido un efecto inesperado: instaurar un verdadero sistema de moneda complementaria que, desarrollándose, ha permitido tratar con eficacia los problemas de la aglomeración de Curitiba. Lo que comenzó como un programa de recogida de basuras y de salud pública, se ha ido estructurando poco a poco en un sistema completo de gestión del transporte y de otros problemas como el desempleo. Los habitantes de Curitiba probablemente no estén más dotados que el resto, pero, analizando sus problemas de forma global y sistémica, han desarrollado, casi sin saberlo, un sistema monetario capaz de mejorar la situación.

Las consecuencias económicas de este sistema se reflejan en las cifras. La renta media en Curitiba es 3,3 veces más alta que el salario mínimo del país. La renta real es aún superior al 30%, es decir, equivale a cinco veces el salario mínimo. Esta diferencia del 30% pone de manifiesto la existencia de rentas que no son monetizadas pero que toman la forma de productos alimentarios. Curitiba dispone de las redes sociales más densas del país, así como de programas educativos y culturales únicos en su género. Incluso desde un punto de vista macroeconómico, se ha producido un auténtico milagro en Curitiba. Entre 1975 y 1995 el producto social bruto por habitante ha aumentado un 75% más rápidamente que en la provincia de Paraná en su conjunto, y un 48% más rápidamente que en el resto del país. Y la diferencia permanece hasta nuestros días: entre 1992 y 1995

el producto social bruto de Curitiba era siempre un 41% más elevado que en la provincia de Paraná, y un 70% más elevado que en el resto del país[32].

Curitiba es un ejemplo que ilustra de forma concreta los efectos de las monedas locales. Esta experiencia, que dura desde hace más de treinta años, muestra que un sistema que combina una moneda nacional y una moneda complementaria bien adaptada a los objetivos establecidos ofrece ventajas a todos. El inteligente sistema propuesto por el alcalde de Curtiba ha contribuido a colocar una ciudad del tercer mundo entre las ciudades del primer mundo.

¿Qué enseñanzas se pueden sacar?

El ejemplo negativo de Ghana muestra claramente que la introducción de un monopolio monetario centralizado es sistemáticamente contraproductivo para los intercambios locales, y reduce el margen de maniobra para la iniciativa económica local.

Los ejemplos positivos de Bali, de Papua Nueva Guinea y de Curitiba nos muestran, por el contrario, que un sistema monetario dual, en el que una moneda central cohabita con otras monedas complementarias, contribuye a restablecer el equilibrio entre los espacios económicos locales, nacionales e internacionales. No queremos decir que un sistema monetario dual es una varita mágica para solucionar todos los problemas. Sin embargo, los ejemplos enunciados deben hacernos reflexionar al menos sobre la posibilidad de utilizar una moneda regional para recuperar la iniciativa económica y cultural local en un mundo globalizado.

[32] Datos extraídos de *Indústria, Comércio e Turismo Gestao Rafael Creca*, de estadísticas de *Informaciones Socioeconomicas*, de la *Prefectura da Cidade Curitiba*, así como de datos a escala nacional del SACEN, IPARDES y SICT/ICPI.

A menudo se plantea que la globalización destruye los particularismos culturales. Es por esto por lo que un sistema monetario dual da sentido a todos aquellos que conceden una gran importancia a la cohesión en el seno de una región y a la preservación y a la vitalidad de sus especificidades culturales, con independencia del nivel de desarrollo de este espacio. La naturaleza profundamente democrática del *banjar* en Bali nos pone de manifiesto los valores sobre los cuales un sistema de este tipo se debe fundar para durar el tiempo que permite abordar un desarrollo sustentable. Y el ejemplo de Curitiba ilustra la capacidad de las monedas locales de densificar las redes sociales en el seno de diferentes comunidades, sin recurrir necesariamente al endeudamiento o a la ayuda financiera de los gobiernos centrales.

3.
¿POR QUÉ SE HA TENIDO QUE RECURRIR A LAS MONEDAS SOCIALES EN EL PASADO?

Contrariamente a lo que podría pensarse a partir de lo dicho en el capítulo precedente, las monedas complementarias regionales no son privativas de los países en vías de desarrollo. De hecho, durante mucho tiempo han jugado un papel capital en Europa antes de que su uso desapareciera definitivamente hace alrededor de dos siglos. En la actualidad, para la mayor parte de los europeos la idea de introducir monedas complementarias para consolidar el desarrollo de sus regiones puede parecerles curiosa, poco ortodoxa, por no decir incomprensible. Los trabajos de investigación recientes[33], sin embargo, han puesto de manifiesto que, contrariamente a las ideas recibidas, las monedas regionales cuentan en Europa con una historia considerable y poco conocida. Existieron de forma continuada entre Calomagno y Napoleón. Y más importante aún, han producido un impacto positivo sobre la economía y la vida social de nuestro continente. En cualquier caso, es preciso destacar que si las monedas regionales han desaparecido del panorama europeo no ha sido por razón de su ineficiencia. En la mayor parte de los casos han sido abolidas por un poder central que pretendía extender el uso de su propio sistema monetario para controlar mejor las economías regionales, sin considerar los efectos negativos que esta medida pudiera conllevar para la población[34]. Es importante recordar que la monopolización monetaria es acompañada a menudo de medidas de represión militar –y de la prohibición de los sistemas y usos preexistentes.

33 Ver Amato (M.), Fantacci (L.), Doria (L.), *Complementary Currency Systems in a Historical Perspectiva*, Milan, 2003. El análisis histórico aquí propuesto se fundamenta en su mayor parte en los trabajos de este equipo de investigadores.

34 Sobre este punto, es interesante leer: Labrot (J.), Henckes (J.), *Une Histoire économique et populaire du Moyen Age: les jetons et méreaux*, Paris, Errance, 1989.

No debería deducirse de esto que todas las monedas regionales funcionarían automáticamente mejor que las monedas centrales. En algunos casos han sido bien administradas y en otros no tanto, como ocurre en el caso de las políticas monetarias nacionales en nuestros días. Pero es importante subrayar que durante todos estos siglos en los que las monedas regionales han coexistido con otros sistemas monetarios, nacionales o internacionales, la inflación no constituía un problema endémico como en nuestros días.

Después del abandono del patrón-oro, la inflación se ha convertido en la característica principal de las monedas nacionales en el siglo XX. Incluso las monedas más estables del periodo posterior a la guerra –como el marco alemán o el franco suizo- han perdido entre 1970 y 2000 no menos del 60% de su valor. En el mismo periodo, el dólar perdía el 75% de su valor y la libra esterlina un 90%[35].

Pero volvamos a la historia de las monedas regionales en Europa.

Los precedentes históricos

En la historia encontramos una gran cantidad de ejemplos de monedas locales y regionales. Su existencia está probada en Europa occidental durante un periodo de más de mil años, desde el año 800 hasta aproximadamente 1800[36]. La mayor parte de los estudios que han abordado los instrumentos financieros utilizados en la Edad Media o en los tiempos premodernos subrayan la inmensa diversidad que nos ofrece el panorama monetario europeo antes de la introducción del patrón-oro. Utilizando las mismas unidades de cuenta (la libra, etc.), reconocidas de forma general, eran emitidas dos tipos de monedas: las piezas de metales preciosos –la plata, y, en menor medida, el oro- que eran sólo

[35] Deane (M.), Pringle (R.), *The Central Banks*, New York, 1995, p. 352-354.
[36] Amato (M.) *et alii*, *op. cit.*

utilizadas para el comercio de larga distancia, y unas pequeñas monedas de cobre o de vellón (el vellón es una aleación de cobre y plata) para los intercambios de proximidad[37]. Entre las monedas de metales preciosos del comercio de larga distancia se pueden mencionar el *pfenning* de Colonia, en la zona germanófona; muchas monedas reales emitidas en Francia y en Inglaterra; así como el *bezant*, una moneda de oro bizantina que mantiene el récord de longevidad para un medio de pago[38]. Las monedas locales, por el contrario, eran emitidas por las autoridades locales, las ciudades, los obispados y los monasterios. Algunas veces, una misma autoridad emitiría los dos tipos de moneda, como era el caso de Venecia[39].

Las monedas complementarias antes de la Revolución francesa

El estudio más completo realizado hasta nuestros días sobre las monedas complementarias en Europa llega a la siguiente conclusión: "Los dogmas monetarios del presente y del pasado son radicalmente diferentes. Si ayer [durante el periodo del patrón oro] se consideraba todavía a la moneda como una unidad de cuenta, pues se estimaba el valor en función del peso de los metales preciosos que contenían las piezas, en la actualidad se parte del principio de que la moneda debe, ante todo, ser universal y que no se debe poner ningún límite geográfico a su circulación. Ninguna de estas concepciones tenía sentido en el Antiguo Régimen; todo

[37] Bloch (M.), *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, Paris, 1954 ; Vand der Beek (M.), « Het Muntwezen in de Landen van Herwaartsover », in Keizer Karls Geldbeurs, *Geld en Financien in de 16e Euuw*, Gad, 2000.
[38] El verdadero nombre de esta moneda es de hecho el *solidus*. Fue emitida por primera vez por el emperador Constantino I (306-337). Pesaba 4,55 gramos de oro fino al 98%, y ha estado en circulación durante más de 700 años, no solamente en el Imperio bizantino, sino también en Europa y hasta en la India.
[39] La república de Venecia emitía en efecto los dos tipos de moneda: para el comercio exterior acuñaba el *ducat* (en plata) y el *zecchino* (en oro), y emitía para el resto de transacciones monedas fabricadas de una aleación de metales menos nobles (los *nasoni* y los *cavalotti*).

lo contrario: la mayor parte del tiempo el intercambio de bienes era local y se hacía a través de monedas cuyo valor no se medía por el contenido de metales preciosos de las piezas."[40]

Es por esta razón por la que no existe unidad de opiniones entre los coleccionistas de monedas sobre lo que conviene considerar, propiamente hablando, como moneda en el Antiguo Régimen en Francia, o antes de la introducción del patrón-oro. En efecto, se tenía conocimiento, en el periodo del Antiguo Régimen, de una gran variedad de objetos monetarios próximos por sus formas, apariencias y condiciones de fabricación, pero diferentes en sus usos. Se distinguen cuatro grupos: las medallas, los *jetons*, los *méreaux* y las piezas de monedas oficiales.

Los trabajos realizados sobre la historia monetaria se limitan muy a menudo a estas últimas, considerando a las tres primeras categorías como "pseudo-monedas", y, en cuanto tales, despreciadas por la historia económica. Michel Dhenin, conservador en el Gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional de París, decía a propósito de las monedas oficiales actuales: "Algunos podrían pensar que hoy en día la pseudo-moneda ha remplazado totalmente la moneda, y que no tenemos en nuestras bolsa sino objetos moneiformes; a decir verdad no estarían del todo equivocados..."[41]

Los objetos *moneiformes*

Las medallas eran unos objetos cuya forma es similar a la de una moneda. Son típicamente fabricadas en un metal precioso, de una talla relativamente importante y de una factura bastante elaborada. Se trata, en la mayoría de los casos, de piezas únicas o emitidas en series limitadas. Eran relativamente raras, incluso en su origen, y utilizadas con fines muy particulares, especialmente honoríficos. Lo más frecuente es que los soberanos las utilizaran

[40] Fantacci (L.), "Moneta Universale et Locale", in *Storia della moneta imaginaria*, Venise, 2004.

[41] Labrot (J.), *op. cit.*, p. 8.

para gratificar a sus súbditos por sus contribuciones importantes, algo así como lo que hacemos nosotros en la actualidad con la Legión de Honor y las condecoraciones militares.

Los *jetons* tenían también la forma de una pieza monetaria. En la mayoría de las ocasiones eran utilizados para el cálculo con ábacos. Los comerciantes y todos los que hacían uso de la contabilidad en sus negocios utilizaban los ábacos para llevar sus cuentas de forma diligente. Los *jetons* de contabilidad no tenían nada de raros, pues su uso estaba muy extendido. Más tarde, los *jetons* son utilizados en los juegos de azar. Muy a menudo, eran igualmente utilizados como recibos (como los recibos de alquiler en nuestros días), como prueba de pertenencia a una sociedad dada (como en nuestros días nuestras tarjetas de fidelidad). Los *jetons*, conocidos como "*jetons* de presencia", son en la actualidad utilizados en ciertas instituciones relativamente cerradas, como el Consejo de Vigilancia de Francia.

Los *méreaux* eran en apariencia similares a los *jetons*. Eran emitidos por las autoridades locales y generalmente fabricados en plomo o zinc, más tarde en cobre. Se los utilizaba como medio de cambio en la vida cotidiana y en el comercio de corta distancia. Su época de mayor florecimiento tuvo lugar en el periodo central de la Edad Media (siglos X a XIII). Su parecido con los *jetons* a menudo lleva a confusión[42]. El viejo dicho, "falso como un jeton", pone de manifiesto que la confusión dio pie, incluso en la época medieval, a numerosas estafas.

Las monedas oficiales, las reales por ejemplo, eran medios de pago oficiales emitidos por una autoridad central, y eran las aceptadas como pago de las tasas reales. Son también las más conocidas por la comunidad numismática, pues la mayoría de las colecciones se centran únicamente en estos objetos.

[42] Jules Rouyer se quejaba ya en 1858 en el prefacio a su *Histoire du Jeton au Moyen Âge* que "en los escritos que se han ocupado de ellos [los *jetons*], mayoritariamente se han confundido con los *méreaux*, provocando tal confusión de ideas que se tardará bastante tiempo de aclarar completamente." Esto ocurre hasta en nuestros días... Por ejemplo, el *Petit Larousse* define el *méreau* como un simple *jeton* de presencia.

Las obras especializadas de numismática toman a veces en consideración las medallas, pero habitualmente olvidan los *jetons* y los *méreaux*, que tienen menos prestigio entre los coleccionistas. Los trabajos donde los *jetons* y los *méreaux* son analizados con más profundidad son comparativamente raros[43].

Para lo que nos interesa aquí, la apariencia, la calidad de los materiales, la fabricación y las condiciones de emisión de estos objetos monetarios son de poca importancia. Son sobre todo sus usos sociales lo que nos interesa. En efecto, nosotros definimos la moneda como todo instrumento estandarizado con el que cuenta una sociedad para efectuar sus intercambios. Por tanto, considerando la moneda según su función social, se pueden clasificar nuestros cuatro tipos de objetos como sigue:

ELEMENTOS DISTINTIVOS QUE DEFINEN LA MONEDA

No utilizados como instrumentos de cambio	Utilizados como instrumentos de cambio
- medallas	- *méreaux* (instrumento de cambio complementario)
- *jetons*	- moneda oficial (instrumento de cambio legal)

En este libro consideramos como moneda tout court a las monedas oficiales, que eran aceptadas en los pagos de las tasas reales, y a los *méreaux*, que funcionaban como instrumento de cambio complementario.

Siguiendo con esta visión social de la moneda, se puede hacer una clasificación de los cuatro tipos de objetos según sirvieran a los intercambios o no. Es a veces útil distinguir igualmente si

[43] He aquí la lista completa que conocemos: Rouyer (J.), *Histoire du Jeton au Moyen Âge*, Paris, 1858; Forgeais (A.), *Collection de plombs historiés trouvés dans la Seine*, 6 volumes, Paris, 1858-1866 ; Blanchet (A.), Dieudonné (A.), *Manuel de Numismatique*, tome III: "Médailles, jetons et méreaux", Paris, 1930 ; Berry (G.), Medieval English Jetons, London, 1974 ; Mitchiner (M.), Skinner (A.), "Englisch Tokens from 1200 to 1425", *The British Numismatic Journal*, 53, 1984, p. 86-163 ; Gerbert (C. F.), "Die Geschichte der Nürnberger Rechenpfennigschläger", in *Mitteilungen der Bayrischen Numismatischen Gesellschaft*, 1971.

se trata de medios de pago emitidos por el gobierno central, de cara a la percepción de impuestos, o si estos objetos circulaban simplemente en el seno de la población en el marco de las transacciones económicas corrientes –aquellas que englobamos bajo la fórmula genérica de "instrumentos de cambio comunes".

Es preciso advertir que en inglés se utiliza la noción de *common* tender, por oposición a la de *legal tender*, haciendo referencia esta última a los medios de pago legales.

En el marco de este estudio, nos interesaremos sobre todo por los *méreaux* y por las monedas oficiales. Para comprender mejor las relaciones existentes entre estas diferentes monedas, es preciso recordar el contexto histórico en el que aparecieron.

Después de la caída del Imperio Romano, en el siglo V después de Jesucristo, el panorama monetario de Europa se caracteriza por estar considerablemente fragmentado, contando con numerosas monedas que fueron emitidas desde distintos ámbitos. Al introducir una moneda única y estandarizada en su imperio, alrededor del año 800, Calomagno pone fin a este proceso de proliferación monetaria europea, pero la unidad monetaria no duró más allá del Imperio carolingio. En torno al año mil el panorama monetario europeo estaba nuevamente fragmentado, incluso más que antes de los carolingios. La mayor parte de las autoridades seculares o eclesiásticas –es decir, la nobleza de provincias, los obispos y los abades de los monasterios- emitían piezas de una gran diversidad en cuanto a su calidad y denominación.

Las tentativas de centralización monetaria

Los reyes de Francia han sido los primeros en ir en contra de esta evolución. San Luis, en 1265 y 1266, hizo promulgar diferentes ordenanzas reservando al rey, y sólo a él, el derecho de batir moneda, teniendo curso en el conjunto del reino. Los señores locales estaban siempre autorizados a emitir sus monedas:

en ciertas regiones existían dos monedas en circulación de forma paralela. Sin embargo, sólo la moneda real podía ser utilizada para pagar los impuestos.

Por consiguiente, todos los reyes de Francia han intentado limitar el poder monetario feudal, bien a través de la remisión de este derecho o bien mediante el uso de la fuerza. En los últimos años del siglo XIII el proceso de centralización monetaria estaba tan avanzado que el número de monedas en circulación en el reino se había reducido considerablemente: el resultado fue una recesión económica masiva que dura cerca de un siglo y medio y que se vio acompañada, a principios del siglo XIV, de las primeras grandes hambrunas. La población estaba hasta tal punto debilitada que no pudo resistir la ola de la peste negra[44].

Los *méreaux*: ¿monedas del pueblo?

Como habían perdido el derecho de emitir sus propias monedas, las autoridades locales han tenido que recurrir cada vez más a los *méreaux*, y es de este modo cómo el uso de estas piezas se ha extendido particularmente en los siglos XII y XIII. Los señores más débiles, que no habían tenido nunca el derecho –o los medios- de batir moneda, habían adoptado esta práctica todavía más temprano. Los *méreaux* han tenido cierta existencia en la Antigüedad, pero su uso se expandió verdaderamente cuando la corona aspiró a limitar los derechos de los señores en materia monetaria.

Un índice que pone de manifiesto hasta qué punto el uso de los *méreaux* se había expandido y era tan popular es la frecuencia con la que las ordenanzas reales hacían referencia a ellos para prohibirlos o limitarlos. Por ejemplo, desde el siglo XIV la ciudad de Arras había prohibido explícitamente el uso de los *méreaux*. A pesar de ello, muchos edictos de la misma naturaleza fueron

[44] Bruce Campbell, *Before the Black Death: Studies in the "Crisis" of the early fourteenth century*, Manchester, Manchester Universty Press, 1989, y Lietaer (B.), *Mysterium Geld: Emotionale Bedeutung und Wirkungsweise eines Tabus*, Munich, 2000, p. 201-215.

promulgados en 1451, 1464 y 1468. Todo esto confirma que la primera ordenanza, que data de 1265, de forma manifiesta no había obtenido los efectos pretendidos, incluso después de dos siglos de tentativas de represión[45]. Arras no es un caso aislado. En 1657 unos cuatro siglos después del reino de San Luis y sus esfuerzos por consolidar el poder real en materia monetaria, unos oficiales reales vinieron a Macon, en Bourgogne, con el objetivo explícito de impedir la emisión de "monedas de plomo" que circulaban en la ciudad. En este caso eran las autoridades religiosas locales las que emitían estos *méreaux* con la excusa de que era una vieja práctica de siglos[46]. Veinte años más tarde, un incidente comparable tuvo lugar en la ciudad de Autun, en Bourgogne[47].

¿Cómo se utilizaba estos *méreaux*? Tomemos el ejemplo de las monedas de plomo que fueron puestas en cuestión en Macon. Al lado de los monjes, que vivían en los monasterios según las reglas de sus órdenes, existía en la Edad Media un clero semisecular: cada parroquia tenía así uno o varios canónigos que vivían en la ciudad. Ellos ejercían una serie de tareas no despreciables en el seno de la iglesia. Por ejemplo, el colegio de canónicos formaba un capítulo que tenía el poder de elegir al obispo antes que Roma asumiera esta prerrogativa por su propia cuenta. Desempeñaban a menudo funciones administrativas especializadas y todos debían participar en los oficios donde, en principio, debían cantar durante el ritual[48]. Cuando los miembros del capítulo participaban en los oficios, eran remunerados en *méreaux* que podían cambiar por comida, vino u otros productos. Las numerosas organizaciones de caridad por la que se caracterizaba la sociedad medieval emitían igualmente sus propios *méreaux* que se podían cambiar por pan, arenques, una comida caliente o un techo. El uso de este tipo de monedas se extendía a veces por varias ciudades que las aceptaban como medios de pago corrientes.

[45] Labrot (J.), *op. cit.*, p. 51.
[46] *Ibid.*, p. 40.
[47] *Ibid.*, p. 41.
[48] El papel de los canónicos en el caso particular de Paris es descrito en el excelente estudio de Robert Gane, *Le chapitre de Notre-Dame à Paris au XIXe siècle, étude sociale d'un groupe canonial.*

Se utilizaba los *méreaux* para remunerar diferentes prestaciones, las de un obrero en la construcción de una catedral o un monasterio. Por ejemplo, se encuentra también en los archivos de la École des Chartes una mención en 1396 acerca de los obreros fundidores de campanas, remunerados en *méreaux* por la refundición de una campana[49]. El monasterio de Saint-Omer pagaba a sus obreros en *méreaux* su salario por diversos trabajos de construcción: estos *méreaux* estaban fabricados en plomo y llevaban la mayoría de las veces un símbolo o una inscripción que indicaban la naturaleza del trabajo efectuado. Permitían pagar, por ejemplo, una vivienda, o comida en un albergue. Los albergues, por otro lado, estaban aprovisionados por el monasterio emisor, desarrollándose una economía local en la que la mano de obra se remuneraba con productos del propio monasterio. En Saint-Omer, el consejo municipal emitió *méreaux* en el siglo XVII con la finalidad de remunerar los trabajos de reparación de las defensas de la ciudad. Unos trabajos similares han sido retribuidos en *méreaux* en 1566 en Lille y en 1663 en Amiens[50]. Los *méreaux* se insertaban de este modo en una economía local o regional muy activa.

Igualmente el rey se servía de los *méreaux* cuando éstos le permitían crear circuitos económicos similares a los de los monasterios alrededor de su persona o de la casa real. Los arqueólogos también los han encontrado en Montségur, acuñados con armas reales, y que habían sido utilizados para pagar a los obreros que construyeron el castillo después de que fuera destruido durante la cruzada de los albigenses. Más tarde, los soberanos franceses han emitido regularmente *méreaux* para pagar a sus servidores por su trabajo en las caballerizas, en las cocinas, o por otros servicios en el seno de la Casa del Rey[51].

[49] Específicamente, se menciona que un grabador de nombre Jean Le Cras había fabricado en 1396 unos *méreaux* para pagar a los obreros que refundían un campana defectuosa. Biblioteca de la École des Chartes, tome XXXII, p. 312.
[50] *Ibid.*, p. 84.
[51] *Ibid.*, p. 83.

Tales ejemplos deberían invalidar la idea según la cual las monedas locales habrían sido abolidas por los soberanos para modernizar la economía y maximizar la eficiencia del sistema monetario.

Sin embargo, nos podemos preguntar si los usuarios consideraban los *méreaux* como una auténtica moneda. Se puede responder a esta pregunta de forma clara y simple: sí. El solo hecho de que muchos *méreaux* lleven la inscripción moneta, que significa "moneda", es prueba de ellos. Otra prueba: toda persona que falsificaba los *méreaux* se exponía a las mismas sanciones que los falsificadores de las monedas oficiales. Las penas que conllevaban estos delitos eran muy severas: la muerte por abrasamiento en agua o aceite, marcas con hierro al rojo vivo sobre la cara, o exposición a la vergüenza pública.

Nos podemos preguntar igualmente qué relaciones existían entre estas monedas y la moneda oficial. A decir verdad, esto dependía de cada momento. Una moneda que, en principio, no circulaba sino en el seno de un grupo social restringido, podía muy bien, poco a poco, extenderse progresivamente a otros grupos sociales hasta llegar a convertirse en un medio de pago aceptado por una gran parte de la población.

Los resultados de los registros arqueológicos y las colecciones numismáticas pueden llevar a engaño a quien intenta comprender la importancia respectiva de las monedas oficiales y de los *méreaux* en la sociedad medieval. Recordemos que las mayores cantidades de monedas medievales han sido encontradas bajo la forma de "tesoros", es decir, monedas utilizadas como ahorro o atesoramiento. Por definición, en tales tesoros no se incluyen normalmente los *méreaux* porque son de pequeña denominación y porque su poca aleación de metal precioso los convertía en impropios para el atesoramiento. Igualmente, las colecciones numismáticas se centran fundamentalmente en monedas oficiales de metales preciosos porque son, estéticamente hablando, de mayor valor. Al contrario, esto no debe hacernos creer que los

méreaux no hayan tenido un uso importante en la Edad Media. Inicialmente, los descubrimientos de *méreaux* se han producido con motivo de la draga de un río bajo los puentes históricos de París[52]; estos eran *méreaux* que manifiestamente habían sido perdidos al caerse al río.

Nuestro punto de vista es que estos *méreaux* jugaban un papel mucho más importante que el que podríamos creer en la actualidad. El gran erudito Nicolás de Oresme subrayaba ya en el siglo XIV, en la primera obra que abordaba la teoría monetaria, la importancia de la distinción entre dos tipos de monedas: las monedas que únicamente desempeñan el papel de medio de pago, y las monedas que sirven igualmente como instrumento de ahorro y atesoramiento. Su reflexión hacía referencia a una ley que en la actualidad conocemos como "ley de Gresham", que viene a decir que la moneda "mala" desplaza a la "buena". En efecto, las monedas que pueden servir como instrumento de ahorro o reserva de valor (la "buena" moneda de Gresham, porque era de buena aleación en metal precioso en la época del patrón-oro) tiene tendencia a acabar debajo del colchón, es decir, a desaparecer de la circulación. Por el contrario, la moneda que no es buena para el atesoramiento (la "mala" moneda de Gresham) circula todo el tiempo. Aplicando este concepto al doble sistema monetario medieval, destacamos que los *méreaux* jugaban el papel de moneda "mala". Es por esto por lo que los *méreaux* han jugado un gran papel en la vida cotidiana de estas gentes y que difícilmente hoy en día podemos imaginar: las monedas preciosas circulaban, pero se destinaban a las transacciones importantes y al comercio de larga distancia. Por contraste, una gran parte de las transacciones locales se hacían en moneda local como los *méreaux*[53].

[52] Ver acerca de este punto Forgeais (A.), op. cit. El autor ha inventariado los mayores descubrimientos de *méreaux* jamás realizado en Francia, en el XIX, como resultado de las dragas bajo los puentes del Sena en París.

[53] No hemos llegado a conocer la importancia de la velocidad de circulación de la moneda hasta después de la ecuación de Fisher, en los años 30 del siglo XX. Dicha ecuación tiene la siguiente expresión: E=QV, donde E es la actividad económica, Q es la cantidad de moneda en circulación, y V su velocidad de circulación. Puesto que la circulación de los *méreaux* era superior a la del dinero real, los *méreaux* tenían un impacto económico más importante debido a la diferencia de velocidad de circulación.

Algunos puntos de vista históricos en el siglo XX

La coexistencia de varios tipos de monedas en circulación paralela es a menudo descrita como una reliquia de un pasado imperfecto que la introducción del patrón oro había finalmente corregido[54]. Los que mantienen esta visión ponen el acento sobre la heterogeneidad de los sistemas monetarios, y destacan el obstáculo que esto representa para la formación eficiente de los precios y de la libre circulación de los bienes. Sin embargo, se puede tener de la diversidad monetaria una visión diferente: en ella se puede ver un instrumento que permite consolidar la autonomía de unos circuitos económicos que operan a escalas geográficas diferentes y en los que la moneda no juega necesariamente el mismo papel –la función de medio de pago, por ejemplo, adquiere una mayor importancia en los circuitos locales y regionales. Esta es una tesis que ha sido sostenida por historiadores tan renombrados como Fernand Braudel o Aldo de Maddalena[55].

Si podemos hablar de forma tan precisa de las diferentes funciones sociales de los instrumentos monetarios premodernos, es, ante todo, gracias a los trabajos pioneros de Luigi Einaudi[56]. Trabajos de investigación más recientes han retomado el tema y demostrado que la separación de los circuitos y de las funciones monetarias ha contribuido de manera significativa a la estabilidad financiera del sistema económico y social del Antiguo Régimen[57]. Estos investigadores coinciden en una conclusión interesante: "El sistema monetario existente antes de la introducción del patrón oro no era ni primitivo ni precario, era un sistema estable y coherente, fundado sobre la coexistencia de dos tipos de monedas. Si

[54] Cipolla (C. M.), *Il Governo della moneta a Firenze e a Milano nei secoli XIV-XVI*, Bolonia, 1990.

[55] Braudel (F.), La Dynamique du Capitalisme, Paris, 1985; De Maddalena (A.), *La Ricchezza dell'Europa*, Milan, 1992.

[56] Einaudi (L.), "Teoria della moneta immaginaria nel tempo da Carlomagno alla Revoluzione francese", *Revista di Storia Economica*, 1, mars 1936.

[57] Amato (M.), *Il Bivio della Moneta, Milan*, 1999; Fantacci (L.), "Teoria della moneta immaginaria nel tempo da Carlomagno a Richard Nixon", *Revista di Storia Economica*, 18, 2002; Amato (M.), Fantacci (L.), *Storia della Moneta Immaginari*, Venise, 2004.

se extraen consecuencias, la historia financiera de la Edad Media y de la Europa moderna nos muestra que un sistema monetario dual coherente es no solamente factible en el ámbito institucional, sino también pertinente desde el punto de vista económico. Un sistema monetario dual, concebido como un sistema de monedas complementarias, concilia la eficacia monetaria con los imperativos de la igualdad social."[58]

Estamos hablando de las mismas conclusiones a las que llegamos en el capítulo precedente con los estudios de los casos de Bali, Papua Nueva Guinea o de Curitiba.

Homogeneización y centralización monetaria

La historia nos muestra que la abolición de los sistemas monetarios regionales no ha tenido nada que ver con una cuestión de eficacia económica, que es la excusa clásica para justificar el mantenimiento de un monopolio. La verdadera causa es, sobre cualquier otra, las aspiraciones unificadoras de la autoridad central, inicialmente real, y cuyo resabio ha sido tomado posteriormente por los respectivos gobiernos republicanos. Enseguida, la homogeneización monetaria se hizo planetaria y se ha vendido como el equivalente de la modernización y como el único medio que nos conduciría hasta la eficiencia económica. Veamos algunas etapas reseñables de este proceso.

A partir del siglo XVIII, este proceso de centralización y de homogeneización se ha propagado a escala internacional. El patrón oro a sido introducido bajo la presión de Inglaterra, que era entonces la potencia dominante. Su abandono en el transcurso del siglo XX no ha puesto en cuestión el principio de centralización monetaria, ni mucho menos. El tratado de Bretton Woods, que consagraba el dólar como equivalente al oro, no hizo sino

[58] Amato (M.), Fantacci (L.), Doria (L.), *Complementary Currency Systems in a Historical perspective*, Milan, 2003.

ratificar una nueva relación de fuerza que remplazaba la pujanza financiera británica por la americana en la cumbre de la estructura monetaria mundial.

Hay que precisar que los más grandes analistas de la moneda del siglo, como Keynes –quien presidió la comisión de los acuerdos de Bretton Woods-, esperaban de esta conferencia todo lo contrario a lo que finalmente salió de ella. El objetivo principal de Keynes era garantizar a los Estados los márgenes de maniobra necesarios para una política monetaria independiente de las coacciones internacionales[59]. Lo que Keynes había propuesto era un sistema monetario dual para los pagos internacionales: quería introducir, en paralelo a las monedas nacionales, una moneda exclusivamente reservada para los préstamos internacionales y que serviría de unidad de cuenta para los intercambios internacionales. Ésta funcionaría a través de una cámara de compensación y debía ser controlada por una autoridad supervisora de las inversiones internacionales[60]. Keynes no era la única voz entre los que abogaban por la coexistencia de monedas con diferentes funciones. En efecto, se pueden igualmente mencionar a personalidades como Irving Fisher de Yale, el economista americano más en boga en esa época, que proponía la idea de un dólar compensado[61], y Friedrich Hayek, uno de los fundadores de la Escuela austriaca, que recomendaba la circulación de varias monedas paralelas incluso en el interior de un solo país[62]. Sin embargo, a pesar de todos los argumentos intelectuales, los Estados Unidos impusieron su propia solución en Bretton Woods. El argumento clave para convencer a Keynes no era de naturaleza intelectual, sino que se basaba en la amenaza explícita por parte de los Estados Unidos que provocó que Inglaterra se pusiera de rodillas durante las renegociaciones de la deuda que había contraído con ellos durante

[59] Keynes (J. M.), "A Tract on Monetary Reform", in *Collected Writings*, 4, 1971. Ver también "A Treatise on Money", in *Collected Writings*, 5-6, London, 1971.

[60] Ver Keynes (J. M.), "Shaping the Post-War World: The Clearing Union", in *Collected Writings*, London, 1971. Ver también Skidelsy (R.), *Fighting for Britain*, London, 2001.

[61] Fisher (I.), "A Compensated Dollar", *The Quartely Journal of Economics*, 27, 1931.

[62] Hayek (F.), *The Denationalization of Money: An análisis of the Theory and Practice of Current Currencies*, London, 1978.

la II Guerra Mundial[63]. Para evitar que los Estados Unidos abusaran de la posición privilegiada del dólar, la contrapartida era la garantía que ellos daban a toda la banca central, que consideraba tener demasiados dólares, de canjearlos por oro a una tasa fija de 32,5 dólares la onza.

La etapa siguiente comenzó en 1971, cuando el Banco de Francia utiliza esta cláusula para pedir la conversión de cinco mil millones de dólares en oro, demanda a la que el presidente Nixon le respondió declarando unilateralmente el fin de la convertibilidad del dólar en oro. En ese momento fue introducido el sistema de monedas flotantes, donde el valor de cada moneda nacional es fijado únicamente por los mercados financieros. Desde entonces, el mundo funciona de hecho bajo el estándar del dólar. Lo que se temía se puso enseguida de manifiesto: se abusó de lo que el general De Gaulle llamaba el "privilegio exorbitante" del dólar. En esta época, la deuda total americana representaba menos del 130% del producto nacional bruto de los Estados Unidos. Desde entonces, ha crecido a más del 310%, un nivel que jamás se había alcanzado antes[64]. El Plan Paulson, así como el resto de medidas de salvamento del sistema bancario americano en octubre de 2008, van a contribuir a un endeudamiento suplementario de Norteamérica.

Como respuesta a la nueva realidad de las monedas flotantes, que el canciller alemán Helmut Schmidt había calificado con la etiqueta "no-sistema", éste tomó la iniciativa, en colaboración con el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, de crear una "zona de estabilidad monetaria en Europa", la expresión de lo que en 1979 será el ECU, y que se convirtió en el euro veinte años más tarde. Sin embargo, la moneda única europea no ha resuelto el problema de la inestabilidad interna de los Estados

[63] Gardner (R.), *Sterling-Dollar Diplomacy: the Origins and the Prospects of Our Internacional Economic Order*, McGraw Hill, New York, 1969.

[64] El nivel precedente más elevado había sido alcanzado durante la gran depresión de los años 30, donde la deuda total alcanzó el 270%. Fuente: *Federal Reserve Board, Flor of Funds*, Table L. 1.

que la han adoptado. No resuelve el problema monetario central de nuestros días: el sistema mundial en sí mismo se ha convertido sistémicamente en inestable. No es raro que las monedas oficiales atraviesen crisis severas: el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha identificado 167 crisis monetarias que han afectado a 130 países en los últimos 25 años[65]. Y la situación no va a mejorar mientras sea el dólar la moneda axial del sistema mundial, que se desmorona poco a poco. Las reacciones de los mercados financieros a partir del verano de 2007 frente al episodio de las subprimes y de sus derivados financieros prometen próximas crisis. En efecto, han jugado el papel de detonantes para la crisis sistémica más importante desde los años 30 del siglo XX.

En efecto, el euro no debería ser considerado sino como una primera etapa, una etapa importante y necesaria en la innovación monetaria, abriendo las puertas a otras innovaciones monetarias para permitir resolver los problemas del siglo XXI. En efecto, la globalización y el proceso de unificación monetaria han progresado de forma sistemática desde hace varios siglos. Pensamos simplemente que el proceso ha ido más lejos que lo que justifica su utilidad económica y social, y que un cambio de tendencia tendrá lugar pronto, por elección o por necesidad...

Estas son no solamente las fronteras entre los diferentes espacios monetarios que han desaparecido, sino también las diferencias entre las actividades económicas y sus actores. En la actualidad consideramos normal utilizar la misma moneda para todas nuestras actividades económicas, cualquiera que sean los circuitos económicos en los que se inscriben. La misma moneda sirve a la vez para los intercambios comerciales entre las empresas

[65] En realidad este número es más importante todavía, pues no incluye la crisis asiática, la del rublo o la del peso argentino, que se han producido después de que se fijara dicha cifra. Ver Caprio & Klingelbiel, "Bank Insolvencias: Cross Country Experience", Policy Research Working Paper, # 1620, Washington DC: World Bank, Policy and Research Department, 1996; Frankel (J.) & Rose (A.), "Currency Crashes in Emerging Markets: an Empirical Treatment", Journal of International Economics, Vol. 4, p. 351-366; Kaminsky (G.) & Reinhart (C.), "The Twin Crisis: the Causes of Banking and Balance of Payment Problems", American Economic Review, vol. 89, # 3, p. 473-500, 1999.

Significado de la crisis financiera actual

Las crisis monetarias y financieras no son desafortunadamente raras, pero la que ha comenzado en agosto de 2007 –a propósito de las *subprime*- ha tenido como efecto una avalancha de bancarrotas bancarias sin precedentes en la historia, y presenta una serie de características únicas que merecen la pena identificar. Se trata de una debacle que encuentra su origen en el centro del sistema monetario mundial, es decir, en los Estados Unidos. Afecta directamente al consumidor americano, que ha sido el motor principal del crecimiento económico mundial durante estos veinte últimos años. Ha sido, en efecto, la demanda de los consumidores norteamericanos la que ha alimentado el *boom* chino, que, a su vez, ha tenido efectos positivos tanto en Europa como en otros sitios.

Esta crisis es el resultado de la utilización excesiva de las innovaciones financieras –los derivados en el ámbito de la *securitización*- que habían llegado a ser muy populares en el conjunto del sector financiero después del inicio de los años 90 del siglo pasado. Ha desencadenado una profunda desconfianza entre los 400 grupos financieros internacionales que, de forma conjunta, habían gestionado el 80% de las transacciones financieras importantes en el mundo. Una de las víctimas de esta crisis es la doctrina que considera que la desregulación sistemática y la autorregulación de los mercados financieros pueden por sí mismas ofrecer soluciones mágicas para todos los problemas financieros. Esta crisis es, pues, resultado de una falla en la credibilidad del modelo neoliberal que imperaba tras la caída del muro de Berlín. Un cambio de rumbo de esta amplitud necesitará de años para manifestarse plenamente…

Una de las consecuencias inmediatas será que la disponibilidad de las finanzas se va a ver reducida durante un periodo más largo de lo deseable, generando problemas de crecimiento –e incluso de supervivencia- en la mayor parte de los sectores productivos. Como estos son los mensajes que ni los políticos, ni los banqueros, evidentemente, quieren anunciar, nos vamos a quedar un poco escépticos cuando cada repunte temporal de la crisis sea anunciado como el "fin de la crisis"… En efecto, los gobiernos adoran el crecimiento porque éste los dispensa de abordar los espinosos problemas de la desigualdad de rentas. Como lo explicaba Henry Wallich, gobernador de la Reserva Federal de los Estados Unidos entre los años 1974 y 1986: "El crecimiento es un sustituto de la desigualdad de rentas. Mientras que haya crecimiento, hay esperanza, y esto hace más tolerables las grandes desigualdades en la distribución de la renta"[66]. Todo esto hace más urgente todavía la introducción de nuevas soluciones a estos problemas de forma más adecuada que los métodos tradicionales.

[66] *The Guardian*, citado en el *Courrier Internacional*, nº 896 (del 2 al 9 de enero de 2008), p. 33.

a escala mundial y para la distribución del poder de compra en el seno de cada sociedad. La misma moneda puede servir tanto para realizar una inversión en una presa hidroeléctrica como para un rescate multimillonario de empresas, para la educación de nuestros hijos como para el cuidado de las personas mayores o para el medio ambiente. La ortodoxia monetaria estipula que una moneda debe acumular necesariamente el conjunto de las funciones tradicionales: medio de cambio, reserva de valor y unidad de cuenta. Y este principio se supone que debe aplicarse de forma idéntica a todas las escalas geográficas, desde un barrio de una ciudad hasta el planeta en su conjunto. Sin embargo, esto no ha sido el caso en el pasado, y mostraremos que esto no es ya el caso en nuestros días. El argumento central de esta obra descansa en que esto no debería ocurrir más en el futuro en la medida en que queramos resolver de manera eficiente los grandes desafíos que deberemos afrontar, de grado o a la fuerza, durante este siglo XXI.

Algunas lecciones útiles para el futuro

La teoría económica no se alimenta suficientemente de las enseñanzas de la historia: los manuales de economía dicen muy poco de lo que ha ocurrido a lo largo de la historia en el ámbito de los sistemas económicos y financieros. El sistema monetario en particular es considerado como un dato cuyo cuestionamiento es automáticamente considerado como tabú. Esta es la razón por la que los especialistas tienen la tendencia a no escuchar cuando se les habla de sistemas monetarios diferentes, una idea que estiman extravagante en la mayoría de los casos, por no decir peligrosa, porque nos obliga a poner en cuestión lo que creemos conocer sobre la moneda, que es el elemento central de toda nuestra economía.

Resumamos brevemente en este momento lo que hemos aprendido del decurso de la historia y que podría ser útil para el futuro:

- La tendencia actual a la centralización monetaria encuentra sus orígenes en las aspiraciones de control de los poderes centralizadores, inicialmente los de los reyes, y después los de los Estados-nación, y finalmente los de los países con aspiraciones de hegemonía mundial. La homogeneización monetaria ha facilitado de forma incontestable los intercambios en la escala correspondiente a cada una de estas etapas, pero tiene cada vez menos capacidad de administrar sobre el terreno los problemas que se manifiestan en las economías regionales o locales. Disponemos, por tanto, de precedentes históricos que muestran de forma convincente que las monedas regionales bien administradas pueden circular en paralelo con monedas nacionales, y, sobre todo, supranacionales, sin generar inflación o crisis monetaria.
- Al mismo tiempo, el poder financiero muestra una tendencia a concentrar en un número cada vez más reducido de centros de decisión que paulatinamente se alejan de la vida cotidiana de los ciudadanos. El futuro monetario de un agricultor lemousin no se decide en nuestros días ni en su departamento ni en París, ni incluso en el Banco Central Europeo en Francfort, sino en Pekín, donde se decidirá hasta qué punto China quiere continuar acumulando sin fin dólares cuyo valor se deprecia año tras año.
- Sin embargo, en el contexto de una crisis financiera mundial, la responsabilidad de administrar las consecuencias sociales, así como la de buscar soluciones innovadoras para los problemas que aquélla conlleva, no vendrá de Pekín o de París, sino de la comunidad local o regional. Existe pues una disimetría entre los medios de acción y las responsabilidades. Mostraremos en los siguientes capítulos que existen instrumentos monetarios que serán indispensables para la escala de una región con objeto de afrontar los desafíos del siglo XXI. Sería legítimo pedir, a los que pretenden justificar la continuación del monopolio de las monedas centralizadas, que asuman igualmente sus responsabilidades para afrontar los problemas que este monopolio generará a los ciudadanos de a pie, problemas para los que se exigirá en seguida –por defecto- buscar una solución a nivel regional o local.

¿No es tiempo de preguntarse sobre lo bien fundada que se encuentra la homogeneización y centralización de la moneda, siendo iguales los problemas a los que se enfrenta hoy Europa y el resto del mundo, y, más aún, los desafíos ineluctables a los que hemos de enfrentarnos previsiblemente en el futuro?

4.
EL FUTURO DE LAS MONEDAS REGIONALES

Comencemos por definir de la manera más precisa qué encierran los conceptos de región y de moneda regional a principios de este siglo XXI.

¿Qué es una región y una moneda regional en nuestros días?

Definiremos aquí una región como un espacio geográfico circunscrito –relativamente más pequeño que un Estado-nación– con el que se identifican los hombres. Esta definición es simple pero es suficiente para el estado de nuestro análisis. Como todos sabemos, el poder identitario de una región depende menos de su dimensión que de la densidad de las interacciones humanas, de su historia y de la existencia de fronteras naturales, como por ejemplo los ríos, los valles, las montañas o los bosques, definiendo un espacio geográfico bien distinto. Idealmente, una región se caracteriza también por un ecosistema propio, de tal modo que las actividades humanas se adaptan e integran más fácilmente en el medio. Pero es más la implicación de los individuos en el proyecto la que los predispondrá, más allá del simple cálculo, a hacer un esfuerzo a favor del bienestar económico de la comunidad, que es una de las claves de una moneda regional.

Cuando la región está delimitada por un conjunto de fronteras naturales, como un valle, un microclima singular, o una zona de producción muy particular, el objetivo de una moneda regional es entonces crear un espacio privilegiado para el intercambio y la circulación de la información entre los hombres y el ecosistema.

Las monedas regionales constituyen un subconjunto de las denominadas monedas complementarias. Esta diferenciación es importante en la medida en que no existe, en el momento actual, sino unos pocos ejemplos de sistemas monetarios regionales funcionando a gran escala. En cambio, los ejemplos de monedas complementarias son numerosos. Es por esto por lo que vamos a hacer, en principio, una incursión en las monedas complementarias antes de abordar las monedas regionales.

¿El fin de un monopolio?

Comencemos por destacar que el monopolio de las monedas nacionales o del euro como instrumento de cambio es ya en nuestros días más una ficción que una realidad. Por ejemplo, existen en circulación a gran escala unas monedas complementarias de factura comercial. Las *millas* y otras propuestas de las compañías aéreas son el ejemplo más familiar de monedas complementarias comerciales. Inicialmente concebidas como un instrumento de marketing destinado a garantizar la fidelidad del cliente, las *millas* permiten en nuestros días pagar, entre otros, las comunicaciones telefónicas a gran distancia, los taxis, los hoteles o los restaurantes. De este modo, más de dos tercios de las *millas* ofertadas por British Airways son utilizadas para compras distintas a la de los billetes de avión. Se pueden obtener así *millas* incluso sin subirse a un avión, con tan sólo realizar las compras con una tarjeta Visa de Citibank. Las *millas* se han convertido en un verdadero medio de pago, incluso sin ningún rol social. Más importante aún, demuestran que una moneda complementaria no tiene por qué corresponderse con un sistema marginal: más de 14.000 millardos de *millas* circulan en la actualidad en el mundo, emitidas por cinco alianzas aéreas de talla mundial. Y como muestra el cuadro siguiente, las *millas* constituyen una primera aproximación relativamente familiar para comprender el mecanismo de las monedas complementarias.

Monedas complementarias comerciales

Desde un punto de vista estrictamente económico, el beneficio de una empresa será más elevado si cada cliente paga al menos el coste marginal generado por la operación. Para las compañías aéreas estos costes marginales se corresponden con los costes reales que la empresa debe efectuar para acoger a un pasajero en su vuelo, que consiste aproximadamente en el coste de un almuerzo (en el caso de que el almuerzo sea servido a bordo). El resto de gasto de la compañía aérea (los salarios de la tripulación, el coste del carburante, las tasas del aeropuerto, etc.) son costes fijos: se llaman así porque no cambian, prácticamente, cualquiera que sea el número de personas embarcadas en el avión. Las monedas complementarias son muy útiles a las empresas como las compañías aéreas, donde los costes marginales son reducidos. La fidelización del cliente es mucho más interesante que el coste del almuerzo que se le servirá.

Al igual que las compañías aéreas, existen otros sectores de actividad donde los costes marginales son prácticamente nulos. Los cines son un ejemplo: un espectador suplementario no genera ningún coste para el cine, donde todos los cotes son fijos: calefacción o climatización de la sala, alquiler de la sala, remuneración del personal, etc. Estos costes son constantes, haya un espectador en la sala o haya trescientos. Un cine tendrá pues interés en dejar entrar a un espectador que desee pagar la casi totalidad de su ticket en moneda complementaria.

Otro ejemplo: los restaurantes. Los costes marginales de los restaurantes suponen en general un tercio del precio de la comida que se ha servido al cliente. Estos costes marginales se corresponden con el coste de lo que el cliente tiene en el plato. Otro tercio del coste de la comida representa costes fijos: los locales, la calefacción, el personal, etc. El último tercio se corresponderá con el beneficio del restaurante. En tanto que el restaurante no esté lleno, se pueden aceptar nuevos clientes pagando la mitad en moneda complementaria y la otra mitad en moneda oficial.

Sin moneda complementaria, el método de que disponen los comerciantes para maximizar sus ventas consiste en hacer rebajas al conjunto de sus clientes. Esto presenta sin embargo un inconveniente: vender a menor precio a ciertos clientes que de todas maneras hubieran venido si no se les hubiera hecho el descuento. Por el contrario, con una moneda complementaria, el comerciante puede más fácilmente hacer una distinción entre clientes. Puede igualmente determinar los criterios de aceptación de la moneda complementaria y, por ejemplo, decidir si aceptar o no la moneda en determinados días, aquellos en los que de todas formas tiene menos clientes. Es el método utilizado por las compañías aéreas con sus *millas*: no aceptan las *millas* en temporada alta, o imponen otras restricciones de cara a asegurar que el cliente que paga con *millas* ocupa un sitio que quedaría vacío de otra manera. Generalizando, una moneda complementaria permite movilizar un recurso que será de todos modos inutilizado (en este caso, un sitio vacío) para satisfacer una necesidad dada (la fidelidad de la clientela).